EDUARDO PERLA

HENNEQUIN Y VEBER

LA PRESIDENTA

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa, original

TRADUCCIÓN DE

JOAQUÍN BELDA y VICENTE LLEÓ

ARCHIVO
Comico-Dramatico
de
EDUARDO PERLA

SEP 20 1917

Copyright, by Hennequin y Veber, 1914

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1914

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
TORRAS

N.º de la procedencia
2961

LA PRÉSIDENTA

ARCHIVO
Comisaría-Ordenación
de
EDUARDO TORLA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentatión, de traductión et de reproductión réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA PRESIDENTA

JUGUETE COMICO

en tres actos y en prosa

DE LOS

SRES. HENNEQUIN Y VEBER

ADAPTADA AL CASTELLANO

POR

JOAQUÍN BELDA. — VICENTE LLEÓ

Estrenada en el Teatro Eslava de Madrid,
el 17 de Abril, de 1913.

MADRID

IMPRENTA HISPANO-ALEMANA, GONZALO DE CÓRDOVA, 22

Teléfono número 4.610

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GOBETTE	SRTA. POZUELO.
TARSILA	SRA. CÁRCAMO.
DIONISIA	SRTA. SÁNCHEZ IMAZ.
ANGELINA	» BLANCH.
SOFIA	» ESPINOSA.
JULIETTA,	» MELCHOR.
POMPONETTE	» MARTÍ.
TRICOINTE	SR. LORENTE. (J)
CIPRIANO GAUDET	SR. LLANEZA.
MARIO	» MANSO.
POCHE	» LATORRE.
OCTAVIO ROSIMOND	» LORENTE (E).
BIENVENIDO	» STERN.
DURAND	» MANSO.
MERCIER	» FRONTERA.
VLANDEL	» CABASÉS.
FRANCISCO	» MARINER.
DOMINGO	» BARTA.
MOZO PRIMERO	N. N.
MOZO SEGUNDO	N. N.

Ordenanzas y empleados del Ministerio.

EDUARDO PERLA

Archivo Dramatico de Eduardo Perla

ACTO PRIMERO

Salón en casa del Presidente Tricointe en Grays. En la derecha, puertas en primero y segundo término; esta última da al jardín. Al fondo, puerta de entrada. A la izquierda, una puerta en primer término. En el segundo término de la izquierda una chimenea sobre la cual habrá un busto de mármol ó en yeso y una lámpara encendida; delante de la chimenea, una mesa-despacho y en ella, además de los objetos usuales, un cenicero de metal. Estantería, sillas, butacas y un canapé á la derecha: ante él una mesita para jugar al Bridge: detrás del canapé un trípode y en él una lámpara que alumbrará á los jugadores. El aspecto general de la escena es el de una casa confortable de provincias algo anticuada en sus detalles.

ESCENA PRIMERA

TRICOINTE, MERCIER, DURAND, VLANDEL. Sentados en la mesita jugando al Bridge: VLANDEL hace el muerto y está durmiendo profundamente.

TRICO. (Echando una carta.) La dama.

MER. (Echa una carta.) Ahí va el Rey...

TRICO. (Siguiendo el juego.) Usted juega, Durand.

DURAND. (Echando una carta.) Fallo.

TRICO. Pero ¿quedaba un triunfo?

DURAND. ¡Ya lo creo!

722210

TRICO. (Contando las cartas.) Bueno: apunte usted, Vlandel... (Pausa..) Vlandel... apunte...

MER. (Vlandel ronca estrepitosamente.) ¡Dios mío! Está durmiendo como si estuviera en la Audiencia...

TRICO. Es verdad.

DURAND. No hay que preguntar por qué. Esta tarde como todos los jueves habrá ido á Perpignan.

TRICO. ¿A qué?

DURAND. ¡Ah... el amor!...

TRICO. ¡Señor Fiscal! No olvide usted que está en casa del Presidente de la Audiencia y procure moderar su lenguaje... (Se levanta y despierta bruscamente á Vlandel.) Vlandel... ¡Vamos, hombre!..

VLAN. (Despertando á medias.) ¡Eh!... ¿Qué pasa, amor mio?

TRICO. ¡Qué amor, ni qué calabazas!... Soy yo, Tricointe.

VLAN. ¿Eh?... ¿Qué?... ¡Ah! Perdón, señor Presidente... anoche apenas he dormido... Tenía que preparar una diligencia que he hecho esta tarde...

TRICO. ¡Esta tarde!... Sí, ya sé que ha estado usted en Perpignan .. y también sé qué clase de diligencias ha ido usted á hacer allí.

VLAN. ¡Es verdad! Confieso que... (Todos rien.)

TRICO. ¡Parece mentira! Usted... un Magistrado...

VLAÑ. Sí, es verdad, soy un Magistrado... no puedo negarlo. Pero ¡caray! señor Presidente... En esta ciudad se aburre uno tanto...

TRICO. ¡Cállese! Está usted deshonrando á la Audiencia en pleno, con su conducta.

VLAN. ¡Cá, no lo crea usted! Si ella ¡ella!... no me conoce; ni siquiera sabe cómo me llamo. Me dice sencillamente: Bebé.

MER. ¡Qué bonito! Bebé.

ESCENA II

DICHOS y DIONISIA

TRICO. (Viendo entrar á Dionisia.) ¡Silencio, señores! (Todos se levantan.)

DION. (Va á entrar y se detiene.) ¡Ah, perdón!

TRICO. (Presentando.) Mi hija Dionisia: hace ocho días que ha llegado de Inglaterra... Mis compañeros de la Audiencia. (Saludos, etc., etc.)

DION. *Very pleased to neet you, Sir.*

DURAND ¿Qué dice?

TRICO. No lo sé: ha estado desde los seis años en Londres aprendiendo el inglés...

VLAN. Sí, y olvidando la lengua de sus padres.

TRICO. Dicen que con el tiempo la recordará...

MER. Pero mientras, debe ser difícil entenderse con ella.

TRICO. Por señas. (A Dionisia.) Hija mía ¿qué es lo que quieres?

DION. *My mother seud me to take a leaf of paper, for packing.*

TRICO. ¡Ah, sí! (A los otros.) ¿Ustedes la entienden? (Silencio.)

VLAN. Ni una palabra.

DION. *¡Paper! ¡Paper!*

TRICO. Sí... Sí... Aquí tienen ustedes lás consecuencias de dar á los hijos una educación esmerada.

ESCENA III

DICHOS Y TÁRSILA

TÁRS. (Entra por el fondo.) Dionisia...

TODOS. (Saludando.) Señora...

TÁRS. Salud, señores... He llamado á Dionisia y veo que no viene.

TRICO. ¿Qué quieres?

TÁRS. Un papel cualquiera, un periódico para hacer unos paquetes. Ya tengo hechas las maletas. (Tricointe busca un periódico de la mesa.)

DION. *¡Yés! ¡Yés! ¡Papear!*

VLAN. ¿Va usted de viaje, señora?

TÁRS. Si: me voy esta noche con mi hija; mañana pasaremos el día en París; nos hospedaremos en el Hotel de la Paix. Y pasado mañana, Dios mediante, iremos á Honfleur á visitar á mi tío Mirliflor. ¿No conoce usted al célebre Mirliflor?

TRICO. ¡Társila... por Dios!

TÁRS. Es posadero: el dueño de la posada del Cisne Verde. ¡Es un gran cocinero!

TRICO. Pero... ¿vas á contar á estos señores?...

TÁRS. Es el inventor del pollo á la Miriflor... ¿No lo ha comido usted nunca, Mercier?

MER. No he tenido ese honor, señora.

TÁRS. Pues miren ustedes cómo se hace: conozco la receta... Se coje un pollo, se parte en dos mitades, se le sacan las tripas, el hígado, el corazón...

TRICO. Pero mujer ¡por Dios! ¿Tú crees que eso puede interesar á los señores?...

TÁRS. Ay ¿por qué no? Cada cual habla de lo que entiende y yo de estas cosas... (Con orgullo.) entiendo bastante. He sido cocinera...

TRICO. ¡Társila!

TÁRS. Y no por eso soy menos dístiguida que otras. Siendo cocinera tu me hiciste el amor, me sedujiste, te casaste conmigo, ¡cumpliste con tu deber!

TRICO. ¡Si las cosas se hicieran dos veces! (Le dá un periódico.) Toma *El Correo de Nancy*, para que hagas esos paquetes; anda, déjanos acabar la partida.

TÁRS. Ya me voy. (Viendo el vaso de metal que habrá sobre el velador.) ¡Jesús!

TRICO. ¿Qué pasa?

TÁRS. (Coge el vaso.) Mira: ¡tenga usted criadas para esto! Si cuando yo era cocinera hubiese tenido tan sucios los objetos de metal de la casa, hubieran tardado muy poco en ponerme de patitas en la calle. (Saca un paño del bolsillo y se pone á frotar el vaso.)

TRICO. ¡Társila, por Dios, déjanos solos!

TARS. Cuando le haya sacado brillo á esto. Es cuestión de amor propio. (Transición.) A propósito, señor Durand, ¿se divirtió usted mucho anoche?

DURAND. (Inquieto.) ¿Anoche? No sé, señora...

TÁRS. Sí, yo venía de la iglesia... de las Cuarenta horas, y... le ví á usted entrar en el Salón Cadrán.

TRICO. ¡Cómo! (Reconviniéndole.) ¡Durand!

DURAND. Señora, debe usted estar equivocada... yo...

TÁRS. ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Le ví á usted como le estoy viendo ahora. ¿Cree usted que tengo telarañas en los ojos? (Deja el vaso.) Esto ya está; ya brilla... Vaya, dejo á ustedes. Hasta luego. (Sale por el fondo cogiendo otro objeto de metal y se le lleva limpiándole.)

TODOS. Hasta luego, señora...

ESCENA III

TRICOINTE, DURAND, MERCIER, VLANDEL. Despues SOFÍA.

TRICO. ¡El salón Cadrán!... ¡Buen sitio para un magistrado!

DURAND. Pero, señor Presidente... si es que en este poblacho no sabe uno qué hacerse por las noches. Además, ayer había espectáculo nuevo; la Compañía Claret.

TRICO. (Despectivo.) ¿Y qué hacían?

DURAND. Una opereta parisién: «Los caprichos de la marquesa.»

TRICO. (Despectivo.) ¡Bonito título!

VLAND. (Con indiferencia.) ¿Y es divertida la cosa?

DURAND. ¡Ya lo creo! ¡Deliciosa! No hace pensar, no plantea ningún problema... y tiene, sobre todo, una canción...

MER. «¿Los pelos de la nariz?» Hombre, he oído hablar de ella.

TRICO. (Indignado.) ¡¡Los pelos de la nariz!!

DURAND. Sí, en el segundo acto; me la sé de memoria. (Cantando.)

TRICO. (Furioso.) ¡Señores! ¡Les ruego que respeten el lugar en que se hallan!

DURAND. ¡Ay querido Presidente! ¡Si conociese usted á Gobette!...

TRICO. ¡Cómo! ¡Gobette... (Asombrado.) ¿Pero es esa mujer?... A ver, á ver, cuénteme usted... ¡Si esa es la del Hotel del Comercio!

DURAND. (Abstraído.) ¡Qué mujer!

TRICO. Sí; anoche después de la función se fué al Hotel... pero no iba sola, naturalmente...

MER. (Muy intrigado y aparte.) ¡Cómo!

TRICO. La acompañaba un hombre, un libertino, un juerguista. Y una vez dentro, organizaron una verdadera orgía romana... Lo rompieron todo: hasta un piano...

DURAND. ¿Es posible?

VLAND. ¡¡Qué sátiros!!

TRICO. (Grave.) El escándalo ha sido tal que ha llegado hasta mí: los vecinos se me han quejado, y yo me he visto precisado á ordenar al dueño del Hotel que entable una querella en forma contra los escandalosos.

MER. (Aparte.) ¡Demonio! ¡Estoy perdido!

SOFÍA. (Entrando por el fondo.) Señor; el dueño del Hotel del Comercio desea hablar con el señor.

TRICO. ¡Ah! ¿Lo ven ustedes?

SOFÍA. Está muy inquieto... muy nervioso...

TRICO. (A Sofía.) Dile que salgo al instante. (Sale Sofía por el fondo.) Mercier, dé usted por mí, hágame

el favor. (Se levanta.) Con permiso, señores; vuelvo en seguida. (Sale por el fondo.)

MER. ¡Dios mío! ¡Qué catástrofe!

VLAND. ¿Qué le pasa á usted, hombre?

MER. ¡Que estoy perdido!... ¡Ahora se entera de todo!

DURAND. ¿Quién?

MER. El Presidente... Era yo, señores, ¡¡yo!!, el que estaba esta noche pasada con Gobette en el Hotel del Comercio.

VLAND. }
DURAND. } ¿Usted?

MER. ¡Bailamos la danza del Oso!... ¡Qué se yo! Al final lo rompimos todo: yo hice cisco el piano y me entretuve en tirar las botellas vacías por el balcón.

VLAND. ¡Desgraciado!

MER. Total: que me sacaron de allí á las cuatro de la mañana...

DURAND. ¡Bah! Esté usted tranquilo... El Presidente acabará por echar tierra al asunto. La justicia no puede mostrarse muy severa con uno de sus sacerdotes.

VLAND. ¡Silencio!... Ya vuelve .. (Continuan el juego y Mercier da las cartas.) ¡Qué juego!

TRICO. (Furioso.) Mercier, señor Mercier.

MER. (Sin levantar la cabeza, como si estuviera muy preocupado con el juego.) Acabo de dar, señor Presidente.

TRICO. ¡Señor Mercier, deje usted el juego y venga aquí!

MER. (Se levanta. Aparte.) ¡Bueno va! ¡Me partió!

TRICO. De manera que... era usted... ¡Usted!... El acompañante de Gobette... ¡Usted! ¡Un magistrado en activo! ¡En funciones de Juez de Instrucción! ¡Usted... ha roto un piano!

MER. (Azorado y con mucha humildad,) Señor Presidente, era un piano viejo... y además... estaba desafinado.

TRICO. No empiece usted á inventar circunstancias atenuantes como si estuviéramos en la Audiencia... (Á todos.) Pero, ¿qué clase de hombres son ustedes? ¿Qué sangre corre por sus venas? ¿Por qué no toman ejemplo de mí?... ¿Voy yo á Perpignan alguna vez? ¿Se me ha visto nunca en el salón Cadrán? ¿Cuántos pianos he roto yo en mi vida?

DURAND. Bueno; pero nosotros, al fin y al cabo... no estamos casados como usted.

TRICO. ¡Como yo! Comprendo... comprendo... comprendo toda la ironía que encierran esas palabras.

DURAND. ¡Por Dios, Tricointe! No vaya usted á pensar...

TRICO. (Con amargura.) ¡Me he casado con una cocinera! ¡Es verdad!... Fué una ráfaga de locura: seduje á una mujer... ó ella me sedujo á mí... No me he podido enterar bien todavía... Pero el castigo fué atroz: me casé con ella. Pasó á ser mi esposa y dejó de ser mi cocinera. A un tiempo perdí el amor... y el estómago.

DURAND. ¡Es usted un santo!

TRICO. ¡Un imbécil! (Conmovido.) En veinticinco años que llevamos casados no la he engañado una sola vez, ni siquiera con el pensamiento y hoy (Con orgullo.) puedo mirar cara á cara, sin avergonzarme, el busto de Justiniano (Señala al que habrá sobre la chimenea.) ¡del gran Justiniano, glorioso antecesor y maestro de todos nosotros!

ESCENA V

DICHOS Y TÁRSILA

TÁRS. (Entra furiosa por el fondo.) ¡Agustín!

TRICO. ¡Társila, por Dios, déjanos en paz! Estamos celebrando una conferencia de muchísima importancia.

TÁRS. ¿Has leído *El Correo de Nancy* que me has dado antes?

TRICO. ¡Ah! Pero ¿vienes á interrumpirme para preguntarme eso?... Sí; lo he leído.

TÁRS. Y te habrás enterado de que el Ministro prepara una combinación de magistrados...

TRICO. Sí, me he enterado... ¿Y qué?

TÁRS. ¿Como que «y qué»? Pero ¿es que esta vez tampoco piensas hacer nada? ¿Vas á dejar escapar otra ocasión?...

TRICO. Te suplico que no te metas en lo que no te importa.

TÁRS. (Indignada) ¿Cómo que no me importa? (Á los demás.) Señores, veinte años llevamos aquí, en Gray, sin que éste haya obtenido el menor ascenso.

TRICO. ¡Társila!

TÁRS. No, no me callo. ¡Veinte años! Todos sus compañeros de promoción le han pasado delante. ¡Esto me pone fuera de sí!

TRICO. De mí.

TÁRS. ¡De sí! (Coge el cenicero que habrá sobre la mesa y empieza á frotarlo con el paño que sacará del bolsillo.) ¡Ah! En la última combinación, ¿saben ustedes á quién han nombrado magistrado en París?

DURAND. A Rastabul.

TRICO. ¡Un cretino!

TÁRS. Bueno, un cretino; pero un intrigante que sabe andar solo por el mundo. Tú, en cambio, siempre metido en tu concha como un caracol.

TRICO. ¡Como un caracol!

TÁRS. Nunca se te ha pasado por la cabeza la idea de llevarme á París. Cuando se tiene ambición se mueve uno, se presenta su mujer al Ministro...

TRICO. Pero, vamos á ver, ¿de qué le ibas tú á hablar al ministro?

TÁRS. ¿Yo?... (Con malicia.) Dejaría que él hablase primero... Y además, sabría atacarle por el lado

de la gula; debe ser un comilón... Le enseñaría la receta del pollo á la Mirliflor.

TRICO. ¡Basta! Tendré que decirte una vez más que no quiero deber los ascensos más que á mis propios méritos. (Pasa con los otros.)

TÁRS. (Despectiva.) ¡Entonces... vas á ascender muy poco!

TRICO. Es posible; pero vuelvo á suplicarte que no te preocupes de mi porvenir.

TÁRS. ¿Sí? Bueno. (Aparte.) Eso es cuenta mía. Mañana paso el día en París y veo al Ministro ¡Vaya si le veo!

TRICO. ¿Qué dices?

TÁRS. Nada. (Dejando el cenicero.) Esto ya brilla.

ESCENA VI

DICHOS y DIONISIA. Después, SOFÍA.

DION. (Entra por el fondo con el sombrero y el abrigo.) *¡Mamá, the carriage is ready!*

TÁRS. ¿Qué?

DION. *Carriage!..: ready!...*

TRICO. ¿Tú la entiendes?

TÁRS. (Desesperada.) ¡Ni una palabra!

SOFÍA. Señora; la señorita quiere decir que el ómnibus está abajo.

DION. *¡Yés! ¡Yés!* ¡Omnibus!

TÁRS. Pues no puede ser más claro. (Á TRICOINTE.) Ya ves: la muchacha lo ha comprendido en seguida. Y eso que ella no sabe el inglés, ¿verdad?

SOFIA. No, señora, pero he visto el ómnibus por el balcón. Aquí está el sombrero de la señora.

TÁRS. Vaya usted á recoger el portamantas y tráigame el sombrero del señor. (Sale SOFIA por el fondo.)

DURAND. Nosotros nos marchamos.

TRICO. Nada de eso; hagan ustedes el favor de espe-

rarme... Tengo que decirles algo importante.

VLAN. Pero es que...

TRICO. (En voz baja.) ¡Quédese usted, señor Bebé!

SOFÍA. (Entra por el fondo con el portamantas y el sombrero de Tricointe.) Van ustedes á llegar tarde.

TARS. Vamos; yo ya estoy aqui. Saldremos por el jardín.

DURAND. (Saludando.) Señora Presidenta...

MER y VLA. (Saludando.) Buen viaje...

TARS. Gracias, señores... Y que sean ustedes buenos... (Sale Sofía.)

TODOS. (A Dionisia.) Señorita...

DION. *¡Goob by!*

TRICO. (Con el portamantas en la mano. Aparte á Mercier.) ¡Comprometerse con una coupletista! ¡Qué vergüenza! (Sale con Tarsila y Dionisia por el segundo término derecha.)

ESCENA VII

DURAND, MERCIER, VLANDEL. Después SOFÍA y GOBETTE.

DURAND. ¡Gracias á Dios que se han ido!

VLAN. Ya estamos tranquilos, por lo menos durante media hora.

DURAND. Es inaguantable este hombre.

MERC. Nos tiene en un puño...

VLAN. Daría cualquier cosa por poder taparle la boca.

MERC. Pero es un santo este animal. No se le conoce un lío ni un enredo...

DURAND. ¡Tener que sufrir sus sermones! ¡Esto me saca de quicio!

VLAN. ¿Y á mí?

MERC. Pues, ¿y á mí? (Se oye ruido dentro.)

SOFÍA. (Dentro.) Le aseguro que el señor Presidente ha salido.

MERC. ¿Qué es eso?

GOBET. (Voz dentro.) Me es igual; le esperaré.

MERC. ¡Cómo!... Esa voz...

SOFÍA. (Dentro.) Pero señora...

GOBET. (Dentro.) ¡Vaya, déjeme usted pasar! ¡Le he dicho que estoy decidida á esperarlo! (Entra por el fondo seguida de Sofía.)

MERC. ¡Gobette!... ¡Es Gobette!...

DURAND. ¿Eh?

GOBET. ¡Mercier!... ¿Tú aquí? (Le coge las manos.)

SOFÍA. Señora, vuelvo á decirle que... Por su culpa me van á reñir.

MERC. Déjenos usted, Sofía; yo saldré responsable de todo.

DURAND. ¡Claro, mujer, márchese! (Empujándola suavemente al fondo.)

SOFÍA. (Saliendo por el fondo.) ¡Qué descaro!

VLAN. ¡Es de primera!... Mercier, preséntenos usted.

MERC. Es verdad: el Sr. Vlandel, el Señor Duránd, magistrados..., la señorita Gobette, artista lírica, la estrella de la compañía Claret. (Saludos.)

GOBET. Señores...

DURAND. Señorita, anoche tuve el gusto de aplaudirla en *Los Caprichos de la Marquesa*. ¡Qué voz! ¡Qué picardía! ¡Qué formas!

GOBET. ¡Oh! Con las mallas no se aprecian bien.

MERC. Bueno y... ¿á qué vienes aquí?

GOBET. ¿A qué vengo? A buscar al Presidente... ¡Valiente canalla!

MERC. ¿Qué te ha hecho?

GOBET. Ha mandado que me expulsen del Hotel, por el escándalo de anoche.

TODOS. ¡Cómo!

GOBET. ¡Me acaban de plantar en la calle!

TODOS. ¡No es posible!

GOBET. ¡Como á una mujerzuela! Y en este momento me encuentro en medio de la calle. (Afligiéndose.) La Compañía ha regresado á París y yo estoy en el arroyo, sin hogar. (Llora.) Sin una piedra donde reclinar mi cabeza.

DURAND. ¡Claro! porque en Gray no hay más que un Hotel.

GOBET. ¡Ah, sí! Pues entonces el Presidente me dirá dónde he de pasar la noche. El me ha puesto en la calle, él me dará un hospedaje.

MERC. ¡Oh, qué idea! Señores; ya está.

GOBET. ¿Qué?

MERC. ¡Nuestra venganza! (A Gobette.) Gobette... Escucha; ya tienes un sitio donde pasar la noche. ¡Oh, y un sitio de primera! La pasarás aquí en esta casa.

GOBET. ¡En casa del presidente! ¡Tú estás loco!

DURAND. Mercier, me parece que va usted demasiado lejos.

MERC. ¿Por qué? La señora de la casa acaba de marcharse de viaje; su dormitorio está vacío; Gobette se instala en él y... La cosa no puede ser más sencilla. (A Gobette.) Fíjate bien; si consigues seducir al Presidente, si logras rendir la fortaleza de su virtud..., en una palabra, si haces que engañe á su mujer, te regalamos quinientos francos cada uno de nosotros.

GOBET. (Vacilando.) ¿Quinientos... mil... quinientos francos, con lo malo que se está poniendo todo? (Decidiéndose.) ¡Acepto!

VLAN. Debo advertir que no se trata de una cosa fácil

GOBET. ¡Bah! Eso es cuenta mía... Abajo, en un coche, tengo mi equipaje. (Vlandel hace sonar un timbre.)

DURAND. Bueno, bueno, bueno, pero... ¿es que están ustedes decididos á llevar la broma adelante?

GOBET. ¡Cómo broma! ¡Llama usted broma á mil quinientos francos...! Yo no bromeo nunca con esas cosas.

SOFÍA. (Entrando por el fondo.) ¿Qué desean?

MERC. Baje usted á la calle y suba el equipaje de la señora que está en un coche á la puerta... ¡Ah! Y lo coloca usted en esa habitación. (Señala el primer término de la derecha.)

SOFÍA. ¡Qué dice usted! Eso será una broma...

MER. Naturalmente; una broma inocente que queremos gastarle á su amo de usted...

SOFÍA. ¡Ah, no! Pero yo no puedo...

DURÁN (Persuasivo.) ¡Vamos! (Le da una moneda.) Tome usted diez francos. Pague usted el coche que hay abajo y... guardese lo demás.

SOFÍA. (Toma la moneda.) Bueno, si no se trata más que de una broma... (Sale por el fondo.)

DURÁN (Abriendo la puerta del primer término de la derecha.) Ahora, vea usted la habitación que ha de servirle de asilo esta noche.

GOBET. (Mirando desde la puerta.) ¡Oh! ¡Qué cosa más bonita! ¡Con sus cortinitas de tela verde ribeteadas de crochet!... (Saliendo.) ¿Quién es la mujer del Presidente?

VLAN. Una antigua cocinera.

MER. Guisa admirablemente el pollo á la Mirliflor.

GOBET. ¡Bah!

SOFÍA. (Entra por el fondo con un maletín.) Aquí está el equipaje.

GOBET. Haga el favor de colocarlo aquí. (Señala primera derecha.)

SOFÍA. Oiga, señora, ya me avisará usted cuando empiece la broma, ¿eh?

GOBET. ¡Claro, mujer! ¡No faltaba más!

SOFÍA. Me río nada más de pensar... En mi pueblo el día de San Juan, también se gastan bromas los vecinos.

DURÁN. Eso ya nos lo contará usted otro día. (Sofía entra primera derecha.)

MER. (Á Gobette.) No olvides que es para tí una cuestión de honra.

GOBET. Sí, sí; estoy emocionada; tanto como las noche de estreno. ¡Oh, pero sabré quedar á la altura de mi reputación! (Sale Sofía primera derecha y se va por el fondo.) ¡Como me llamo Cobette, que el Presidente pierde su integridad!

MER. Anda. (Solemnemente.) ¡Y cumple con tu deber!

GOBET. (Solemnemente.) Señores, ¡lo juro! ¡Ganaré los mil quinientos francos! (Entra primera derecha.)

MER. Y después de ésto, cuando Tricointe pretenda echarnos en cara su conducta...

VLAN. ¡Se acabaron los sermones!

DURÁN. ¡Silencio! ¡Me parece que ya ha vuelto!

MEP. Pues vámonos por el jardín.

VLAN. Es una idea...

DURÁN. Es lo mismo... Le vamos á tapar la boca de una manera que... francamente, yo no tendría reparo en cambiarme por él... á lo menos por esta noche. (Salen todos por la derecha segundo término.)

ESCENA VIII

TRICOINTE, SOFÍA. Después GOBETTE

TRICO. (Dentro.) Pero Sofía, ¿qué te pasa que estás tan risueña?... Esta chica es idiota.

SOFÍA. (Dentro, riendo.) No es nada, señor, no es nada.

TRICO. (Entra por el fondo.) Ya estoy de vuelta, señores... Pero ¡cómo! ¿Se han marchado?... No hubieran hecho nada de más con esperar un poco.

SOFÍA. (Entra por el fondo. Mientras habla apaga la luz de la derecha, retira las sillas de la mesa del brigde recoge ésta y la lleva al fondo.) ¿El señor Presidente va á acostarse?

TRICO. Aun no. (Sofía ríe.) Pero, ¿de qué te ríes, idiota?

SOFÍA. De nada... ¡Qué se yo! (Ríe.)

TRICO. ¡Qué sé yo! Si vuelvo á oirte reir te planto en la calle... Anda; traéme el batín y el gorro.

SOFÍA. Sí, señor Presidente. (Sale por la izquierda.)

TRICO. (Quitándose la levita.) ¡Vegetar en provincias, en un poblacho, cuando se sueña con ser magistrado en París!... (Melancólico.) ¡París! ¡El sueño de toda mi vida! (Despectivo.) Sólo que... con una mujer como la que me ha caído en suerte, ¿quién es el guapo que se atreve á presentarse en las recepciones oficiales? Sería capaz de

echar mano á todos los candelabros para sacarles brillo.

SOFÍA. (Entra por la izquierda con el batín y el gorro.) Aquí tiene el señor.

TRICO. Gracias. (Ríe Sofía.) ¿Volvemos á empezar?

SOFÍA. (Tapándose con el delantal.) ¡Es más fuerte que yo

TRICO. Pero bueno (Poniéndose el batín.) ¿de qué se trata?

SOFÍA. No, no... de nada... me voy.

TRICO. (Dándole la levita.) Toma; llévate esto y anda á acostarte ¡estúpida!

SOFÍA. (Riendo.) Me voy á poner mala. (Sale por el fondo.)

TRICO. (Se pone el gorro.) ¡Qué bestia! (Va á la mesa.) Trabajaré un poco en estos autos... Vamos á ver... Proceso Pigemon contra Lajambette... (Se oye ruido en primera derecha.) ¿Eh?.. ¡Qué es eso!...

GOBET. (Dentro, cantando.)

«Moi quand j'suis d'humeur joyeuse
Et qu'j'ai envie de rigoler
Y'fouille ma narin! Et j'la creuse
Y'm'arrach les poils du nez!
Moi, j'me tire
Moi, j'me tire
Moi j'me tire les poils du nez!»

TRICO. ¡Los pelos de la nariz!... ¿Quién canta en la alcoba de mi mujer?

GOBET. (Sale primera derecha con un salto de cama.) ¿Pero es que este lavabo no tiene agua?

TRICO. ¡Una mujer... (Aterrado.)

GOBET. (Amabilísima.) ¡Calla!... ¿Es al señor Presidente Tricointe á quien tengo el honor de hablar en este momento?

TRICO. Sí, señora... Pero... ¿qué hace usted aquí? ¿Quién es usted?

GOBET. ¿Que quién soy yo?... Gobette.

TRICO. ¿Gobette?

GOBET. La estrella de la compañía Claret: la creadora

de *Los Caprichos de la Marquesa*, para servirle.

TRICO. (Furioso.) ¡Señorita!... ¿Quién le ha dado á usted permiso para entrar en mi casa?

GOBET. ¿Quién?... Usted.

TRICO. ¿Yo?... ¿Qué quiere decir eso?

GOBET. Usted ha mandado que me expulsen del hotel, ¿no? Yo, no tengo donde pasar la noche... no tengo almohada donde descansar mi cabecita... y he venido aquí... buscando esa almohada.

TRICO. ¡Es inaudito!

GOBET. Me enteré de que la señora Presidenta se había ido de viaje y... me he instalado en su dormitorio. La cosa no puede ser más sencilla.

TRICO. ¿Crée usted?...

GOBET. Y si quiere usted que le diga la verdad, no estoy descontenta del hospedaje. (Se sienta.)

TRICO. Pero esto es una violación de domicilio.

GOBET. (Insinuante.) No sea usted tonto... Mañana mismo me vuelvo á París.

TRICO. ¿Mañana?... No señora; ahora mismo es cuando se va usted á marchar.

GOBET. Imposible. Las noches están muy frescas y yo no salgo de aquí hasta que no se haga de día.

TRICO. ¡Vamos, vamos! (Persuasivo.) ¡Sea usted razonable! Volverá usted al Hotel, daré orden de que se la vuelva á admitir, se le devolverá su habitación.

GOBET. Imposible también. Mi habitación ya no está libre; delante de mi se ha instalado en ella un viajero. El Hotel está completamente lleno.

TRICO. (Exasperado.) ¡Bueno! ¡Pues vaya usted donde quiera! ¡Al diablo!... ¡A casa de Mercier ó de cualquier otro! Pero usted no pasará la noche en casa de Tricointe, en casa del Presidente de la Audiencia.

GOBET. Sí.

TRICO. (En tono suave.) Pero... reflexione usted. Si lle-

ga á enterarse la gente de que usted ha venido á esta casa, ¿no ve el escándalo que se va á armar?

EGOBT. ¿Y á mí qué me importa?... ¡No haberme expulsado del Hotel!

TRICO. Dirán que hemos pasado la noche juntos.

GOBET. (Con malicia.) Y puede que tenga razón...

TRICO. ¡Cómo!

GOBET. (Insinuante.) ¡Cuántos quisieran estar ahora en su pellejo! (Se acerca á él.)

TRICO. ¿En mi pellejo?... Señorita...

GOBET. ¿Usted conoce el amor?

TRICO. Si... Es un chiquillo... Y, además, está ciego. ¡Por eso hace tantas tonterías!

GOBET. (Cariñosa.) No lo crea usted... Usted ignora el amor... ¡Claro!... La señora Tricointe... es una gran cocinera...

TRICO. (Aparte.) ¡Demonio! ¿Quién se lo habrá dicho?

GOBET. En cuestiones de amor, no debe ser una maestra precisamente. (Le pone la mano en el hombro.) Yo en cambio... Sí... Yo soy el amor.

TRICO. ¡Es una loca!... Tendré que pedir socorro! (Huyendo. Defendiéndose.) Señora... considere usted que he pasado ya de los cincuenta años.

GOBET. ¡Los frutos maduros son los más sabrosos!

TRICO. ¡Señora! Señora... (Con enfasis.) yo soy un hombre de ciencia.

GOBET. (Casi al oído.) ¡Y yo! ¡Y yo también!

TRICO. (Corre á la chimenea.) No, no... ¡Socorro! ¡Justiniano, ven en mi ayuda! (Se abraza al busto que habrá sobre la chimenea.)

GOBET. (Por el busto.) ¿Eh? ¿Quién es ese señor?

TRICO. ¡Ah! ¡Este es, el gran Justiniano! ¡el austero! ¡El glorioso maestro, padre espiritual de todos nosotros!

GOBET. ¡Ah, vamos! Un pariente difunto; tiene cara de prestamista...

TRICO. (Decidido.) Basta; señora, ordeno á usted que se marche de aquí y me deje trabajar.

EDUARDO PERLA

GOBET. ¡No! No me voy... (Se le acerca.) ¿Será usted capaz de arrojarme á la calle?...

TRICO. Yo... señora... Es que yo...

GOBET. No... Usted no cometerá esa mala acción... Usted es un hombre tierno...

TRICO. (Conmovido.) ¡Eso sí! ¡Como un brioche, recién sacado del horno!

GOBET. Verá usted... Yo pasaré la noche allí.., Usted en tanto (Señala primera derecha.), trabajará aquí; cerca de mi, velando mi sueño. Acaso, aguzando el oído, podrá usted percibir mi respiración anhelante...

TRICO. ¿Ronca usted?

GOBET. ¡No me he oído nunca! (Disgustada. Pausa larga durante la cual los dos se miran como en éxtasis; ella sigue invitándole con la mirada. Él vacila.)

TRICO. ¡Sea! Quédese usted... Duerma tranquila... Yo voy á trabajar.

GOBET. Y... si se cansa usted de trabajar, si quiere usted reposar...

TRICO. ¡Chist! Ni una palabra más.

GOBET. (Entrando primera derecha.) Hasta ¿mañana?

TRICO. (Sentándose á la mesa.) Hasta cuando Dios quiera... (Resignado.) ¡Siempre hacemos lo que El quiere que hagamos! (Sale Gobette primera derecha. Se levanta y se dirige al busto.) ¡Perdóname, Justiniano! Es mi juventud que ha vuelto en un instante... ¡Perdóname!... Y no me mires con esos ojos, hombre... después de todo... (Con su gorro cubre la cabeza del busto; va al centro y después de vacilar unos segundos se dirige primera derecha.) ¡Bah! Lo que ha de ocurrir, que ocurra cuanto antes.. por una vez...

SOFÍA. (Entrando por el fondo.) Señor, señor...

TRICO. ¿Qué? ¿Qué pasa?

SOFÍA. Una visita.

TRICO. ¿A estas horas?... Dí que no estoy.

SOFÍA. Pero es que ya he dicho que sí estaba usted.

TRICO. Bueno, pues dile á quien sea...

ESCENA IX

SOFÍA, TRICOINTE, GAUDET.

GAUDET. (Entra por el fondo.) Perdone usted mi insistencia, señor Presidente...

TRICO, (De mal humor.) Lo siento mucho, señor, pero yo no recibo más que en mi despacho del Palacio de Justicia.

GAUDET. Perdón. Soy Cipriano Gaudet.

TRICO. (Aterrado.) ¡El Ministro de Justicia!

GAUDET. El mismo.

TRICO. ¡Dios mío!,.. Sr. Ministro... yo estoy...

SOFÍA. ¡El Ministro!

TRICO. (A Sofía.) Vete. (Sale Sofía por el fondo.) Sr. Ministro, lamento mucho la forma en que lo he recibido... Siéntese usted aquí... Pero deje usted la gorra...

GAUDET. Gracias.

TRICO. Al ir á dejar el sombrero en la chimenea, ve el gorro sobre el busto de Justiniáno.) ¡Demonio! (Lo quita.) Si me dá usted permiso iré á ponerme una levita, etc.

GAUDET. De ninguna manera, no lo consentiré. Yo soy el que debe excusarse, señor Presidente, por haber llegado á estas horas, sin previo aviso, á molestar seguramente.

TRICO. Señor Ministro, soy yo el que...

GAUDET. (Interrumpiendo.) Quería haber llegado esta tarde, pero estallaron dos pneumáticos en el camino...

TRICO. ¡Más vale así!.:. Bueno, quiero decir...

GAUDET. Y como mañana á primera hora he de regresar á París, no he querido hacerlo sin visitarle.

TRICO. Mil gracias, señor Ministro.

GAUDET. ¿Habrá usted recibido mi circular sobre la dignidad de la magistratura?

TRICO. Sí, sí; la he recibido y me la he leído íntegra.

GAUDET. Ha hecho usted más que yo... Escándalos recientes hán llamado la atención del Gobierno; algunos magistrados se han olvidado de lo que son y... la magistratura debe ser como lo mujer del César; no basta que sea honrada, es necesario además que lo parezca.

TRICO. Mucho, mucho.

GAUDET. Cuando se tiene el honor de juzgar á sus semejantes, se debe también tener el de estar por encima de sus flaquezas.

TRICO. Me lo ha quitado usted de fa boca, señor Ministro.

GAUDET. He querido ver por mis propios ojos, he recorrido toda la paovincia. ¡Ay, señor Presidente! ¡He visto cosas muy desagradables!... Las costumbres se, relajan, la austeridad es una palabra vana... Y la mujer, ese eterno enemigo del magistrado, extende por todas partes su maléfica influencia. Hay que limpiar los Palacios de Temis.

TRICO. (Mirando primera derecha.) Sí, sí, señor Ministro hay que limpiar.

GAUDET. Mi programa se condensa en una sola palabra purificar.

TRICO. ¡Es un programita! (Aparte.)

GAUDET. ¿No opina usted lo mismo?

TRICO. Sí, señor, si; desde luego.

GAUDET. Bien sé que no es usted de los que necesitan correctivo. No hay más que mirar en derredor para ver que en esta casa todo respira virtud, austeridad y trabajo. Hay aquí un perfume de limpieza que encanta. (Se acerca á la mesa.) ¡Oh Le felicito; tiene usted criados muy cuidadosos. En provincias son ustedes felices con los criados.

TRICO. ¿Si?

GAUDET. (Coge el cenicero.) Pocas veces he visto los objetos de metal tan relucientes.

TRICO. Eso sí... la criada es muy limpia.

GAUDET. -En París ya no se encuentran criadas así. Su señora debe estar muy satisfecha... Porque, es usted casado, ¿verdad?

TRICO. (Melancólico.) Sí, señor Ministro; soy casado.

ESCENA X

TRICOINTE, GAUDET, GOBETT. Después SOFÍA.

GOBET. (Entra primera derecha.) ¿Va á durar mucho el trabajo?

TRICO. (En el colmo de la desesperación.) ¡¡El fin del mundo!!

GAUDET. (Aparte.) ¡La Presidenta!... ¡Es preciosa!

GOBET. Perdón... caballero.

GAUDET. Soy yo el que pido perdón, por haber venido á molestar a esta hora... Pero, voy haciendo una visita de inspección, como le he explicado á su esposo...

GOBET. (Aparte riendo.) Mi esposo!...

TRICO. (Aparte.) ¡Arrea!

GAUDET. ¿Quiere usted presentarme á su señora?

TTICO. (Azorado.) Presentarle... Es preciso...

GOBET. ¡Claro, hombre! ¿A qué esperas?

TPICO. El señor don Cipriano Gaudet, Guarda-sellos y Ministro de Justicia.

GOBET. (Aparte.) ¡Un Ministro! Habrá que ponerse en situación.

GAUDET. Señora: he llegado como un intruso.

GOBET. De ninguna manera; el rey donde quiera que llegue, llega á su casa.

GAUDET. ¡El rey! Me adula usted.

GOBET. ¿Por qué? El que representa á la nación, ¿no tiene algo de rey?

TRICO. (Aparte.) ¡Qué cosas tiene esta mujer!

GAUDET. (Aparte.) ¡Es tan bonita como inteligente!

GOBET. (Bajo á TRICOINTE.) Es encantador. (¡Y cómo se parece á Eugenio!).

TRICO. (Bajo á GOBETTE.) ¿Quiere usted hacer el favor de marcharse?

GOBET. Tienes razón. (Á GAUDET.) Mi marido me dice que estoy faltando á mis deberes de dueña de casa al no ofrecerle á usted el pan y la sal. (Llama al timbre.)

TRICO. (Aparte.) ¡El pan y la sal!

GAUDET. ¡Señora, por Dios, me confunde usted! (Á TRICOINTE.) Mi enhorabuena, querido amigo; tiene usted una mujer deliciosa.

TRICO. ¿Cree usted?... Así, á primera vista, todas son deliciosas...

GAUDET. ¡Oh, no, no! Es que se ve en ella al mismo tiempo la esposa y la mujer de mundo. Todo en una pieza.

GOBET. ¡Señor ministro!...

SOFÍA. (Entra por el fondo.) ¿Han llamado?

GOBET. Sí... (Á GAUDET.) ¿Qué quiere usted? ¿Una taza de té ó una copa de Oporto?

TRICO. (Aparte.) ¿En qué parará todo esto?

GAUDET. Mejor... Oporto... sí...

GOBET. (Á SOFIA.) De prisa... El Oporto y unas copas.

SOFÍA. (Á TRICOINTE.) Señor, ¿lo traigo?

TRICO. (Furioso.) ¿Cómo? ¿No oyes que te lo pide la señora?

SOFÍA. (Aparte, saliendo por el fondo.) Por lo visto continúa la broma.

GOBET. Señor ministro, esta chica está algo trastornada. ¡Estas criadas de provincias!...

GAUDET. No, no; antes he felicitado al Presidente por el buen orden que reina en esta casa, se ve que la dirige una verdadera mujer, en toda la extensión de la palabra.

TRICO. (Aparte.) ¡Es el colmo!

GAUDET. Le aseguro que no esperaba encontrar aquí, en el rincón apartado de una provincia, tanta distinción. A simple vista se ve que es usted de París.

GOBET. No, una provinciana y nada más.

GAUDET. No lo creo; conozco mis clásicos; ese traje que tan bien le sienta...

GOBET. Lo he confeccionado yo misma; con el modelo á la vista, naturalmente.

TRICO. (Aparte.) ¡No conoce la vergüenza!

SOFÍA. (Entra por el fondo con una bandeja con botellas, etcétera, etc.) El Oporto... ¿Algo más?

TRICO. Está bien... Vete.

SOFÍA. (Aparte á TRICOINTE.) ¡Si la señora se enterase!... Ella que guardaba esa botella de Oporto para sus bodas de oro...

TRICO. (Furioso.) ¿Quieres marcharte de aquí? (Sale SOFÍA por el fondo.)

GAUDET. ¿Va usted con frecuencia á París, señora?

GOBET. Nunca; mi marido es un salvaje.

GAUDET. ¿Es posible, Tricointe? En este pueblo se deben aburrir ustedes mucho. No habrá distracciones...

GOBET. Pocas; de cuando en cuando viene al teatro alguna compañía... (Á TRICOINTE.) ¿No es verdad?

TRICO. (Aparte.) ¡Por desgracia!

GAUDET. Sí, ya he visto los anuncios: el último gran éxito de París: *Los caprichos de la marquesa*. por la céleb e Gobette.

GOBET. ¿La couoce usted?

GAUDET. No; pero me han dicho que es encantadora.

GOBET. ¡Bah! ¡Probablemente se tratará de alguna desvergonzada!...

GAUDET. ¿No ha ido usted á verla?

GOBET. Me han dicho que la tal opereta no es de las más dacentes, y... como la mujer de un magistrado debe siempre dar ejemplo, he preferido quedarme en casa.

GAUDET. (Á TRICOINTE.) Tiene usted una mujer modelo.

TRICO. (Aparte.) ¡No está mal modelo!

ESCENA XI

DICHOS, SOFÍA y OCTÁVIO

SOFÍA. (Entra por el fondo.) Señor ministro, ahí está un caballero que le busca.

GAUDET. ¡Ah! Es mi secretario. (Va al fondo.) Pase usted, Octavio.

OCTAV. (Entra por el fondo. Saluda.) Señora... Señor... (Sale SOFIA por el fondo.)

GAUDET. (Presentando.) Octavio Rosimond... La señora de Tricointe y el señor Presidente. (Saludos.) ¿Ha pasado usted por el hotel?

OCTAV. Sí; no hay desocupada una sola habitación, señor ministro.

GAUDET. ¡Demonio!

GOBET. (¡Ya lo dije yo!).

OCTAV. No queda disponible más que la sala de billar.

GAUDET. Bueno, pues dormiremos sobre las mesas.

GOBET. ¡Señor ministro! ¿Usted acostándose sobre una mesa de billar? ¡No lo consentiré yo! (Llama al timbre.)

TRICO. (Aparte.) ¿Qué dice?

GAUDET. Habrá que resignarse.

GOBET. De ningún modo. Usted nos dispensará el grande, el inmenso honor de pasar la noche en nuestra casa.

TRICO. (Aparte.) ¿Cómo?

GAUDET. Pero, ¡por Dios señora!

SOFÍA. (Entra por el fondo.) ¿Ha llamado la señora?

GOBET. Si. Prepare usted enseguida la habitación del señorito para el señor Ministro.

SOFÍA. (A Tricointe.) ¿Qué hago?

TRICO. ¡Imbécil! Lo que te manda la señora.

SOFÍA. Pero ¿dónde se va usted á acostar?

TRICO. ¡Vete y déjame en paz! (Sale Sofía por la izquierda.)

GAUDET. Es una molestia para ustedes...

GOBET. Señor Ministro, nos daría usted un disgusto

muy grande no aceptando nuestra modesta hospitalidad. (A Tricointe.) ¿Verdad?

TPICO. Naturalmente.

GAUDET. En tal caso... ya que ustedes me obligan... Octavio, vuelvase usted al Hotel y... acuéstese en el billar.

OCTAV. Está muy bien... Dice el dueño que me cobrará á razón de dos francos la hora de sueño; como si estuviese jugando.

GAUDET. Bueno; pague usted de los fondos secretos... ¡Ah! Mi *necesaire* se ha quedado en el auto...

OCTAV. Voy á buscarlo. (Sale por el fondo.)

GOBET. (Aparte á Tricointe.) ¿Dónde está el dormitorio?

TRICO. (Señala á la izquierda.) Allí.

GAUDET. Me marcharé mañana en el primer tren.

GOBET. ¡Cómo! ¿Tan pronto?... ¿No pasará usted el día con nosotros?

TRICO. (Aparte.) ¿Eh?

GOBET. (Aparte á Tricointe.) Vamos insístele.

TRICO. Señor Ministro, si...

GAUDET. Crean ustedes que me quedaría de buenísima gana, pero mañana tenemos Consejo de Ministros.

GOBET. ¡Qué contrariedad!

TRICO. ¡Si que es un faltidio, hombre!

GAUDET. ¡Ah, pero volveré, señora! Se lo prometo.

TRICO. (Aparte.) ¡Canastos!

GOBET. Y, ¿se quedará usted unos días?... ¿Me lo promete?

GAUDET. Sí.

OCTAV. (Entra por el foro.) Aquí está el *necesaire*.

GAUDET. Gracias.

OCTAV. ¿Quiere usted algo más?

GAUDET. No... Hasta mañana.

OCTAV. (Saludando.) Señora... Señor Presidente... Señor Ministro.

GAUDET. Que no se aburra usted mucho en el billar.

OCTAV. Soñaré que estoy haciendo carambolas. (Sale por el fondo.)

GAUDET. A su edad se duerme bien en cualquier parte... ¡Ah! Se me ha olvidado decirle que venga á buscarme á las ocho.

GOBET. (A Tricointe.) Sal y díselo tú; aún puedes alcanzarlo.

TRICO. (Aparte saliendo por el foro.) ¡Por qué no serán ya las ocho y diez!

GOBET. (Aparte.) ¡Es muy simpático!

GAUDET. (Aparte.) ¡Es deliciosa!

SOFÍA. (Entra por la izquierda con unas palmatorias.) Ya está lista la habitación; aquí están las luces. (Las deja en la mesa y sale por el foro.)

GAUDET. Una vez más le pido perdón por todo este transtorno.

GOBET. (Encendiendo unas cerillas.) ¡Bien poca cosa! Ha de tener usted mucca paciencia; ¡aún no tenenos luz eléctrica en Gray!... Y luego estas malditas cerillas que no arden.

GAUDET. En sus manos de usted es imcomprensible...

GOBET. (Bajando los ojos.) ¡Señor Ministro!

TRICO. (Entra por el fondo.) El Secretario estará aquí á las ocho.

GAUDET. Muchísimas gracias...

GOBET. ¿Quieres abrir la puerta?

TRICO. (Abriendo la puerta de la izquierda.) ¡Qué fresca es!

GOBET. Señor Ministro, aquí tiene ested su palmatoria.

GAUDET. (Tomándola.) Muchas gracias... (Al ver que Cobette le aprieta la mano.) ¡Hola, hola!

TRICO. Por aquí, señor Ministro.

GAUDET. (Aparte.) ¡Hola, hola, hola!

GOBET. Que pase usted una buena noche, señor Ministro..

GAUDET. Mil gracias, señora.

TRICO. ¿El señor Ministro tiene todo lo que necesita?

GAUDET. Lo tengo todo. Buenas noches, señor Presidente.

TRICO. Buenas noches, señor Ministro.

GAUDET. (Aparte saliendo por la izquierda.) ¡Hola, hola, hola!

ESCENA XII

GOCETTE y TRICOINE

TRICO. (Dejándose caer en una silla y dando un gran suspiro.) ¡Oh! ¿Qué has hecho?... Digo... ¿Qué ha hecho usted?

GOBET. ¡Chist! (Va á la puerta de la izquierda.) No, está bien cerrada.

TRICO. Pero ¿le parece á usted bien el lío en que me ha metido.

GOBET. Veo que es usted muy agradecido.

TRICO. ¿Agradecido?... Ah, ¿pero aun tengo que agradecer?

GOBET. Naturalmente... He salvado la situación.

TRICO. ¡Estoy perdido! Mañana la criada irá contando por todas partes lo que ha ocurrido aquí esta noche.

GOBET. Pero usted puede decir á la gente que la chica ha soñado.

TRICO. ¿Y el Ministro? ¿Le voy á decir también al Ministro que todo ha sido un sueño?

GOBET. El Ministro se va mañana. ¡Qué lástima! Es muy guapo; á mi me recuerda mucho á Eugenio.

TRICO. ¿Quié es Eugenio?

GOBET. Un barítono de quien estuve locamente enamorado toda la temporada última. Tiene sus mismos ojos... y su boca... (Suspira.) ¿Nos acostamos?

TRICO. Si... (Se levanta.) Yo dormiré arriba, en el cuarto de baño. (Enciende una vela.)

GOBET. (Con malicia señalando el primer término de la derecha.) En este cuarto hay una cama.

TRICO. Ya lo sé; la ocupará usted sola.

GOBET. ¿Sola?... ¿sola?...

TRICO. (Rechazándola.) Sí, señora... Tuve un momento de debilidad, de locura... Es verdad..., pero ya

BIBLIOTECA

pasó. Estoy salvado. Puedo mirar á Justiniano de frente.

GOBET. Mire usted que se va á aburrir muchísimo si está solo...

TRICO. No; no estaré solo, no. Estaré (va á la chimenea y coge el busto) con Justiniano. El me acompañará en esta noche vergonzosa.

GOBET. ¿Se lleva usted al prestamista?

TRICO. Mañana, apenas se haya marchado el Ministro, saldrá usted de aquí, sin excusa alguna.

GOBET. Con mucho gusto. Además, no tengo más remedio; pasado mañana he de ver en París á un empresario americano que quiere contratatarme para Chicago.

TRICO. ¡Chicago! Aún me parece muy cerca... Tome usted su palmatoria... ¡Guardaré recuerdo eterno de esta noche!

GOBET. (Tomando la palmatoria.) ¡Adiós, hijo de Justiniano! (Mira á la puerta del cuarto ocupado por el Ministro.) ¡Pobre Eugenio!... ¿Qué habrá sido de él?... Debe estar sin contrata el pobrecillo.

ESCENA XIII

GOBETTE y GAUDET

GAUDET. (Entra por la izquierda con una vela.) Me he dejado aquí el necesaire...

GOBET. (Aparte.) ¡El Ministro!...

GAUDET. Perdón, señora...

GOBET. ¿Quiere usted algo?...

GAUDET. No, el necesaire... pero ya le veo... (Lo coge.)

GOBET. (Aparte.) Vamos, pero ¡es que es toda la cara de Eugenio!

GAUDET. ¿Se ha acostado ya su esposo?

GOBET. Y debe estar durmiendo como un lirón... Tiene el sueño muy pesado.

GAUDET. ¿Sí?

GOBET. (Contrariada.) Yo también voy á intentar dormir... Buenas noches.

GAUDET. Señora... (Se dirige á su cuarto, pero de pronto apaga disimuladamente la vela.) ¡Ah! me he quedado á obscuras... (Deja el necesaire cobre la mesa.)

GOBET. Aquí puede usted encender...

GAUDET. Sí, hágame usted el favor... (Enciende su vela en la de Gobette.) Crea usted que guardaré un recuerdo imborrable de su hospitalidad.

GOBET. ¡Por Dios, señor Ministro!

GAUDET. Sí, sí.. Ha recibido usted en su casa al Gobierno.

GOBET. (Bajando los ojos.) ¡Señor Gaudet!...

GAUDET. Señora... (Aparte.) Cipriano, no hagas tonterías.

GOBET. ¿Qué dice usted?

GAUDET. No, nada... Buenas noches, señora.

GOBET. Buenas noches. ¡Ah! Se apagó... (Va á su cuarto y apaga la vela.) ¡Ahora soy yo la que...

GAUDET. Le devolveré el favor...

GOBET. Sí... (Enciende su vela en la de Gaudet.)

GAUDET. ¿Por qué sonrie usted?

GOBET. No, por nada. Estoy pensando que en esto de las luces estamos como en tiempos de la Monarquía... alumbrándonos con velas.

GAUDET. ¡Por Dios! Se lo suplico; no me hable usted de la Monarquía... ¡Si viera usted cuánto la echo de menos en este momento!...

GOBET. ¿Por qué?

GAUDET. ¡Tiempos felices! Usted misma lo dijo antes; el Rey entraba en todas partes como en su casa.

GOBET. ¡Es verdad!

GAUDET. Podía seguir siempre los impulsos de su corazón.

GOBET. Si... podía...

GAUDET. Y... si, por acaso, llegaba á una provincia. (Se acerca.), y se encontraba con una mujer exquisita, deliciosa, aunque fuese la mujer del Presidente de la Audiencia, no se recataba para decirle: ¡te amo! ¡eres la única mujer, verdaderamente mujer, que me he encontrado en mi camino! Y ella le diria...

GOBET. ¡Estoy á vuestra disposición! (Gobette deja caer la palmatoria. Gaudet al ir á cogerla suelta la suya. Echándose los dos al suelo andando á gatas. Por fin se encuentran las manos y con ellas unidas se levantan despacio. La escena queda semiobscura iluminada tan sólo por un débil rayo de luna que entrará por la puerta del jardín.) ¡Eugenio!

GAUDET. No, Eugenio, no: Cipriano.

GOBET. Bueno, es igual: ¡Cipriano!

GAUDET. (Aparte.) ¡Me rio yo de Luis XIV!

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO

Couplet que se canta en lugar del francés.

Margot los pelos le contó
Margot, Margot,
pero eran tantos que Margot
al cabo la cuenta perdió.

ACTO SEGUNDO

Despacho del Ministro de Justicia. A la derecha una puerta en primer término: á la izquierda dos en primero y segundo término: al fondo una puerta grande y un ventanal. Una gran mesa despacho á la derecha: á la izquierda, entre las dos puertas, una chimenea y junto á ella un arca de madera: un canape ante la chimenea, y á la derecha de aquél un velador, y sobre él un timbre portátil: en la mesa de despacho una plegadera y otros objetos de metal.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO y MARIO

FRAN. (Solo, sentado en el canape y leyendo un periódico: suspende la lectura y mira la hora.) ¡Atiza, las diez! Y aún no he terminado de arreglar el despacho.

MARIO. (Entra izquierda foro. Lleva en la mano un cuaderno.) Francisco... ¡pero hombre!

FRAN. Señor Mario, es que...

MARIO. Pero, ¿cómo se las arregla usted para tardar tres horas en limpiar el despacho del señor Ministro? (Deja el cuaderno en el velador.)

FRAN. (Azorado.) Usted no sabe lo sucio que estaba esto hoy.

MARIO. (Viendo á Francisco que coge la plegadera.) ¿Qué va usted á hacer con eso?

FRAN. Limpiarlo.

MARIO. (Exaltado.) ¿No sabe usted que la encargada de limpiar los objetos de metal de la casa es la mujer de Basilio el ordenanza?

FRAN. Es que está de parto...

MARIO. ¡Pues ya se pondrá buena!

FRAN. (Dejando la plegadera.) Y además esto está muy sucio.

MARIO. Muy sucio, ¿eh? Otras cosas más sucias hay en el Gobierno y nadie se ocupa de ellas.

FRAN. Ya, ya... Qué odio tiene usted al Ministro... (Acercándose confidencial.) ¿Es que le ha hecho á usted algo malo?

MARIO. ¿A mí? Se guardará muy bien... No; no me ha hecho nada... Pero no es de Marsella... No es paisano mío...

FRAN. ¡Bah!

MARIO. ¿Cómo bah? ¡Desde que en Francia existe la República, todos los Ministros que han pasado por este despacho eran de Marsella! Además este señor es un vanidoso insoportable. ¿Querrá usted creer que todavía no se ha dignado presentarme á su...? (Se detiene.)

FRAN. ¿A quién?

MARIO. A esa perrita que viene aquí tan á menudo. ¡Por lo visto lo tiene á menos!

FRAN. No caigo...

MARIO. Esa Angelina... una comiquilla que sale siempre que se va á bajar el telón, ahí, en un teatrucho del bulevar... ¡Tener secretos conmigo! Pero yo se lo cobro... Mire usted, mire usted lo que hago con los recortes de la Prensa. (Va al velador y toma el cuaderno.) Tengo sobornado al oficial que los colecciona que es paisano mío, y le hago que todos los días ponga en la primera hoja, á la cabeza, los recortes de los periódicos que se meten con él... Sobre todo

los de «La Soflama». Así, lo primero que lee al levantarse, es un estacazo. (Se lo enseña.) ¿Ve usted? Esto parece una pequeñez, pero á él le pone de un humor de perros que le dura toda la mañana. (Deja el cuaderno en el velador. Se oye un golpe en la puerta del segundo término de la izquierda.) Adelante.

ESCENA II

Dichos y BIENVENIDO foro.

BIENV. (Entra algo agitado y con un papel en la mano.) ¡Hola! Buenos dias.

MARIO. (Algo respetuoso.) Buenos días, Sr. Bienvenido. (A Francisco.) Márchese usted. (Sale Francisco por foro.)

BIENV. ¿No ha bajado el Ministro?

MARIO. No; está en sus habitaciones.

BIENV. Le traía un decreto á la firma. Como siempre está á estas horas...

MARIO. ¿Tiene usted prisa?

BIENV. Eno me: Figúrese usted que soy testigo de una boda que se celebrará á las doce en Poissy. Tomando el tren de las diez y media, aún llego á tiempo. (Saca el reloj.) y son las diez y cinco.

MARIO. (Mirando á la izquierda primer término.) Hombre, tiene usted suerte; aquí viene.

DICHOS y GAUDET (que sale por el primer término de la izquierda.)

BIENV. (Saludando.) Señor Ministro.

GAUDET. (Yendo á su mesa.) ¡Hola! ¿ya está usted aquí. Bienvenido?...

BIENV. Esperaba al señor Ministro... Traigo el decreto de la nueva combinación de Magistrados.

GAUDET. (Distraído.) ¡Ah! sí... (A Mario.) Oiga usted.

MARIO. (Respetuosísimo.) ¡Señor Ministro!...

GAUDET. ¿Ha venido mi Secretario?

MARIO. Sí. señor Ministro.

GAUDET. (Sentándose.) Haga el favor de decirle que venga.

MARIO. Enseguida, señor Ministro. (Sale segunda izquierda y dice.) (Un hombre que no es de Marsella y quiere gobernar Francia.)

BIENV. Si el señor Ministro quisiera firmar... Debe salir mañana en el *Diario Oficial*.

GAUDET. Sí, Sí... pero antes, tráigame usted el expediente del señor Tricointe.

BIENV. ¿Tricointe? No sé á quien se refiere el señor Ministro...

GAUDET. Sí, hombre. ¡El célebre Tricointe! ¡Un magistrado de gran valor moral! El Presidente de la Audiencia de Gray...

BIENV. ¿De Gray? Pues es la primera vez que oigo hablar de él.

GAUDET. Naturalmente, como que los magistrados íntegros y probos dan muy poco que hablar.

BIENV. ¡Oh!...

GAUDET. Ande usted ...

BIENV. En seguida... (Se va y vuelve.) Pero es que... (Saca el reloj.)

GAUDET. ¿Qué pasa?

BIENV. Nada... nada, señor Ministro... (Aparte y saliendo por segunda izquierda.) Y mi mujer que me estará esperando en la estación... Tomaré un coche.

ESCENA IV

GAUDET, MARIO, FRANCISCO Y OCTAVIO

GAUDET. (Se levanta y va al velador de donde recoge el cuaderno.) A ver lo que dicen los periódicos. (Canturrea por lo bajo.)

MARIO. (Entra por la segunda izquierda pero se detiene en el

dintel.) (Aparte.) También presume de voz. ¡Como si hubiera nunca nacido un cantante que no fuera de Marsella!

GAUDET. (Leyendo.) «El señor D. Cipriano Gaudet, Ministro de Justicia y Guarda sellos de la República, que desempeñaría mucho mejor el cargo de guarda de ganado cabrío...» (Habla furioso.) Pero... ¡esto es una indignidad! ¿Qué papelucho es este?

MARIO. (Aparte.) Y así dos columnas.

GAUDET. *La Soflama.*

MARIO. (Avanzando.) El señor Secretario viene en seguida.

GAUDET. ¡Cómo! ¡El arca! (Viendo el arca.) ¿Aún está aquí este trasto? (Va al velador y hace sonar el timbre.) ¿No dijo usted que vinieran á llevárselo?

MARIO. Lo he dicho veinte veces, señor Ministro, pero no hacen caso.

GAUDET. (A Francisco que entrará segunda izquierda.) Telefonee usted en seguida al Guarda muebles para que vengan á llevarse esto.

FRANC. Está muy bien, señor Ministro. (Sale.)

GAUDET. (Vuelve á la meca y fijándose en la plegadera, dice:) ¿Qué es esto?

MARIO. Una plegadera de metal, señor Ministro.

GAUDET. Ya lo veo; pero lo qne pregunto es por qué está tan sucia. Y el cenicero no digamos...

MARIO. Perdone el señor Ministro, pero es que la mujer encargada de limpiar estas cosas acaba de dar á luz dos gemelos.

GAUDET. Basta; que los limpie quien sea, pero que los limpien cuanto antes. Usted se encarga de ello.

MARIO. (Aparte.) Estás fresco.

GAUDET. Márchese.

MARIO. Está bien, señor Ministro. (Saliendo. Aparte.) Es una pequeñez, pero el mal humor no se le quita en toda la semana.

ESCENA V

GAUDET, OCTAVIO y BIENAENIDO

GAUDET. ¡Qué bruto!

OCTAV. (Entra foro izquierda.) Buenos días, señor Ministro.

GAUDET. Buenos días, Octavio.

OCTAV. ¿Vió usted los legajos que le dejé aquí anoche?

GAUDET. Ni siquiera los he abierto. Hasta las dos de la madrugada no subí á acostarme. Y ¿á que no adivina usted lo que hice en todo ese tiempo?

OCTAV. Dormir.

GAUDET. No... (Melancólico.) Pensar en ella...

OCTAV. ¿Ella?... ¿Quién es ella?

GAUDET. ¡Ay, amigo mio! ¡Estoy enamorado!... ¡Estoy loco!

OCTAV. Angelina, ¿eh?

GAUDET. No, hombre ¡Angelina!

OCTAV. Ya sabrá usted que hoy son sus d as...

GAUDET. Apropósito... Traerán un vestido de casa del modisto... Recojale usted y déjele aqui...

OCTAV. ¿Es para Angelina?

GAUDET. Justamente... Ese será mi regalo... El último... Porque estoy decidido á romper con ella... Ahora de quien estoy enamorado es de la otra... ¡La otra! Una aventur i deliciosa, imprevista... Una verdadera mujer de mundo.

OCTAV. ¡Caramba!

GAUDET. Y casada.

OCTAV. Eso es más grave...

GAUDET ¡Qué mujer! Y pensar que he conocido á esa mujer en una provinci i, en un poblacho, en Gray.

OCTAV. ¡Ay! ¿En Gray? ¿Pero entonces se trata de?...

GAUDET. (Dándose una pálmada en la boca.) ¡Demonio! ¡La solté!

OCTAV. ¿La mujer de Tricointe?...

GAUDET. (Con misterio.) Sí... pero como si no supiera usted, ¿eh?

OCTAV. ¡Por Dios, señor Ministro nada. Ya me he olvidado del nombre.

GAUDET. A las once vendrá aquí.

OCTAV. ¡Tan pronto!

GAUDET. ¡Me lo ha prometido! Pretestará que tiene que hacer unas compras. Pero ya comprenderá usted que el marido de una mujer así no puede continuar siendo un simple Presidente de una Audiencia de tercer orden... ¡Hay que trasladarle á París! (Se sienta á la mesa.)

OCTAV. Sin embargo, señor Ministro, perdone usted... Un ascenso así sería escandaloso.

GAUDET. ¿Por qué?

OCTAV. ¡De Gray á París! Habría que ver lo que diría la Prensa...

GAUDET. ¡Qué Prensa! Cuatro periodicuchos como *La Soflama*.

OCTAV. Seguramente que en la Cámara habría una interpelación...

GAUDET. (Vacilando.) ¿Cree usted?

OCTAV. Desde luego... Trasládele usted á Beziers.

GAUDET. Está muy lejos.

OCTAV. Tráigale usted lo más cerca posible de París, pero no al mismo París.

GAUDET. ¿Y á Tours? ¿Por qué no le traemos á Tours? (Llaman en la segunda izquierda.)

OCTAV. Por mí que venga á Tours.

GAUDET. Adelante.

BIENV. (Entrando.) Aquí está el expediente del señor Tricointe.

GAUDET. Muy bien...

BIENV. ¿Ha firmado ya el decreto el señor Ministro?

GAUDET. No; hay que volverlo á hacer. (Se lo dá.)

BIENV. (Aterrado.) ¡¡Volverlo á hacer!!

GAUDET. El señor Tricointe va de Presidente á Tours.

BIENV. (Tímido.) El caso es que...(Va á sacar el reloj.)

GAUDET. ¿Qué? ¿No se ha enterado usted?

BIENV. Sí, sí.

GAUDET. Pues ande.

BIENV. Sí, sí... (Aparte.) Tomaré el tren de la diez cincuenta. (Sale segunda izquierda.)

OCTAV. (Aparte.) ¡Oh! ¡Las mujeres! ¡Las mujeres!

ESCENA VI

Dichos y MARIO.

MARIO. (Entra segunda izquierda.) Sr. Ministro; una señora...

GAUDET. (Se levanta gozoso.) (A Octavio.) ¡Ella! ¡Es ella! ¡Que llega antes de la hora! ¡Pobrecita!

MARIO. ¡Es la señorita Angelina

GAUDET. ¡Angelina! ¡No! ¡No! ¡No la quiero ver más!

MARIO. ¡Hola, hola!

GAUDET. (A Octavio.) Hágame usted el favor de recibirla; dígale que estoy en el Consejo de Ministros! ¡Ah! Dígala que luego le enviaré el regalo... Ese vestido que he comprado para ella... (Va hacia la primera izquierda.) ¡Ah!, Mario. A las once vendrá la señora del Presidente de la Audiencia de Gray, la señora de Tricointe. La hará usted pasar inmediatamente. No estoy para nadie más que para ella. ¿Me entiende usted?

MARIO. Sí, señor Ministro. (Sale Gaudet primera izquierda.)

ESCENA VII

OCTAVIO, MARIO. Después FRANCISCO.

MARIO. (Aparte.) Por lo visto colecciona mujeres.

OCTAV. ¿Por qué se sonríe usted?

MARIO. Por nada.

FRANC. (Entra foro.) Señor Rosimond, el Presidente de

la Comisión de Presnpuestos le espera en su despacho... Dice que tiene prisa.

OCTAV. ¡Canastos!... Ya voy... Pero antes, que pase esa señora que está en la antesala... (Sale Francisco.) ¡Ah!, Mario; recíbala usted, hágame el favor. Ya sabe usted, es la amiga del Ministro la señorita Angelina.

MARIO. Muy bien.

OCTAV. Dígala usted que el señor Ministro no puede recibirla, que está en Conselo. Y... que se marche... Bueno, todo eso dígaseio usted de cierto modo; sin brusquedad, con cierta elegancia.

MARIO. Cuente usted conmigo... (Sale Octavio por foro izquierda.)

ESCENA VIII

MARIO, ANGELINA

MARIO. (Para sí.) ¡Estás fresco!

ANGEL. (Entra segunda izquierda.) ¿Por qué no fuiste ayer?... ¡Ah, perdón! ¿Dónde está el Ministro?

MARIO. Si fuese paisano mío, yo, señorita, le diría á usted: El señor Ministro está en el Consejo. Pero no es verdad.

ANGEL. (Indignada.) Entonces, ¿es que no quiere recibirme?

MARIO. ¡Si no fuera más que eso! Cuando le avisé que estaba usted ahi, ¿sabe usted lo quc dijo?

ANGEL. ¡Qué se yo!

MARIO. Pues dijo: ¿Angelina? ¡No! ¡No la quiero ver!

ANGEL. ¡Cómo! Pero, ¿es que se ha cansado de mí?

MARIO. Eso parece.

ANGEL. (Exasperada.) ¿Sí, eh? Pues me va á oir... Que no se crea que soy como estas señoritas de París... A mí el que me la hace me la paga... ¡Los de Marsella tenemos la sangre viva!

MARIO. ¡Cómo! Pero, ¿es usted de Marsella?

ANGEL. Por lo menos allí nací...

MARIO. Pero, ¿y cómo ha perdido usted el acento de ese modo?

ANGEL. ¡He perdido tantas cosas desde que estoy en París!

MARIO. ¡Pobre!

ANGEL. (Resuelta.) No no; pero á mí no se me deja así como quien deja un coche de punto...

MARIO. ¡Bravo!

ANGEL. Le armaré un escándalo en su propia casa.

MARIO. No; no sea usted tonta. Aquí, en el Ministerio. ¡Un escándalo del que hablen todos los periódicos!

ANGEL. Tiene usted razón. Diga usted: ¿Me engaña ya con alguna?

MARIO. Si quiere usted esperar un poco, se enterará de todo. A las once vendrá aquí una tal señora de Tricointe... La ha citado...

ANGEL. ¿Está usted seguro de que es ella la que...?

MARIO. Seguro no; pero hay un medio muy sencillo de averiguarlo...

ANGEL. ¿Qué va usted á hacer?

MARIO. (Va al velador y toma el timbre eléctrico.) ¿Ve usted este timbre? No hay más que colocarlo aquí, debajo del cogín. (Lo hace.)

ANGEL. ¿Y qué?

MARIO. ¡Y qué! Usted no sabe el papel que en esta casa desempeña este canapé. Dentro de poco, cuando llegue la señora de Tricointe... sonará ese timbre, estoy seguro... Entonces entro yo...

ANGEL. ¡Quizá demasiado tarde!

MARIO. (Sonriendo.) No tema usted. Yo no llego tarde á ningún sitio.

ANGEL. Bueno, ¿y yo que hago mientras?

MARIO. Usted á las once y cuarto, procure estar al pie de la columna Vendome... Colóquese debajo de Napoleón que también era del Mediodía. Sí... ha ocurrido algo entre el Ministro y la visitante yo agitaré un pañuelo por el balcón

grande de esa galería. Entonces sube usted y me espera en la antesala.

ANGEL. Comprendo. Mi gratitud será eterna.

MARIO. Pero... chitón Por algo es usted de Marsella.

ANGEL. Quédese usted tranquilo. Adiós.

MARIO. Adiós, paisana. (Sale Angelina por foro derecha.)

ESCENA IX

POMPONETE, OCTAVIO y MARIO, foro izquierda.

OCTAV. ¡Venga usted! ¡Venga usted! (A Mario.) ¿Se fué la Señorita Angelina?

MARIO. Ahora mismo.

POMPO. ¡Qué lástima! Entonces no voy á poder probarle el vestido...

MARIO. (¿Otro lío?)

OCTAV. Es lo mismo .. Deje usted aquí el vestido... Cuando vuelva se lo probará...

POMPO. Yo creo que no habrá que tocarle...

OCTAV. (Saca de la caja un vestido y le coloca extendido encima del sofá.) ¿Y la factura?

OCTAV. Es cosa del señor Ministro... El señor Ministro pagará...

MARIO. (Eso es... Otra partida... El Capítulo de calamidades.. .¡Pobre Francia!)

POMPO. Si la señorita quiere algún arreglo, pueden ustedes avisar por teléfono y vendré enseguida

OCTAV. Perfectamente.

POMPO. Que ustedes lo pasen bien. (Vase Pomponette foro derecha.)

OCTAV. Vaya usted con Dios...

MARIO. (¡Si vieran esto los contribuyentes!)

ESCENA X

OCTAVIO, MARIO y FRANCISCO.

OCTAV. Bueno... Ahora avise usted al Sr. Ministro y dígale que ya está aquí el vestido para la se-

ñorita Angelina. Yo voy á ver al Presidente de la Comisión de Presupuestos que me espera.

MARIO. (Saliendo por primera izquierda.) Está muy bien. Me parece que esta vez se ha caído un Ministro.

OCTAV. (Solo.) Si las mujeres empiezan á mezclarse en ciertos asuntos, estamos perdidos.

FRANC. (Por el fondo derecha.) Ahí está una señora que pregunta si puede recibirla el señor Ministro.

OCTAV. ¿Ha dado el nombre?

FRANC. La señora de Tricointe.

OCTAV. Ella. Que pase enseguida; el señor Ministro está esperando; dígale que viene al instante... ¡Ah!, Francisco. Mientras esa señora esté aquí, no entre usted para nada, ni por nadie. (Con malicia.)

FRANC. (Sonríe.) Comprendido, señor Rosimond.

OCTAV. (Saliendo foro izquierda.) ¡Este Gaudet es el demonio! No se cansa nunca.

ESCENA XI

FRANCISCO y TÁRSILA, foro derecha.

FRANC. (Desde la puerta del foro derecha. Dentro.) Por aquí, señora.

TARS. (Entra. Trae un bolso de mano.) Gracias.

FRANC. (Aparte.) La nueva favorita. (Alto.) Si la señora tiene la bondad de tomar asiento... El señor Mínistro viene enseguida...

TÁRS. (Vzorada.) Es usted muy amable...

FRANC. Está esperando á la señora.

TÁRS. ¿Que el señor Ministro está esperando? Usted sueña, joven. ¿Quién se lo ha dicho?

FRANC. El Secretario del señor Ministro.

TÁRS. No lo entiendo.

FRANC. ¿Tiene algo que mandarme la señora?

TÁRS. No. Vaya á sus quehaceres.

FRANC. (Aparte.) Es algo basta la nueva favorita. (Sale por segundo foro.)

BIBLIOTECA IBERO

ESCENA XI

TÁRSILA y GAUDET.

TÁRS. (Sola).) No está mal este despacho. (Va á la mesa). ¡Uf! ¡Qué porquería! (Coje uno de los objetos de metal que habrá sobre la mesa). Parece mentira que en el despacho de un Ministro se vean unos chismes tan sucios. (Saca un paño del bolso.) ¡Es vergonzoso! Esto debiera estar brillante como el sol... resplandeciente... (Empieza á limpiar.)

GAUDET. (Entra primera izquierda.) (Aparte.) Menos mal que ya estoy libre de Angelina. ¡Calla! ¿Quién es esa mujer?

TÁRS. (Sigue limpiando.) ¡Lo voy á dejar reluciente!

GAUDET. (Aparte.) ¡Ah, vamos! Es la que viene á limpiar...

TÁRS. Ya vá, ya vá estando... (Sigue limpiando.)

GAUDET. (Alto.) No, no señora; aquí en mi despacho, no.

TÁRS. ¡Señor Ministro! (Deja el objeto sobre la mesa.)

GAUDET. Ese trabajo se hace á otras horas.

TÁRS. Me he permitido... El ordenanza me ha dicho que el señor Ministro me esperaba.

GAUDET. Sí, pero no á estas horas, con las visitas, con los jefes que vienen para la firma...

TÁRS. ¡Ah!...

GAUDET. (Coge todos los objetos de metal que habrá en la mesa.) Bueno; ya que ha venido usted, tome; limpie todo eso, pero allí, en esa otra habitación. (Señala primera izquierda.)

TÁRS. ¡Cómo! El señor Ministro quiere...

GAUDET. Ya que está usted aquí...

TÁRS. (Tomando los objetos.) Si es una orden del señor Ministro!.. ¡Con mil amores! ¡Todo! (Entra primera izquierda.) ¡Todo por el ascenso!

ESCENA XII

GAUDET, MARIO y GOBETTE.

GAUDET. Ponerse á hacer la limpieza á estas horas...! ¡Este estúpido de Mario!

MARIO. (Entra por el fondo.) Señor Ministro...

GAUDET. ¿Qué es lo que quiere usted ahora?

MARIO. La señora de Tricointe que espera en la antesala.

GAUDET. (Da un salto) Que pase en seguida; y usted no entre hasta que yo le llame.

MARIO. Está muy bien. (Abre la puerta del fondo. Dentro.) Por aquí, señora... (Sale.)

GOBET. (Risueña.) ¿El señor Ministro?

GAUDET. (Complacido.) Tú, ¡eres tú?

GOBET. ¿Estorbo?

GAUDET. ¿Estorbar! Pero, ¿no estás en tu casa?

GOBET. Estoy emocionada. ¡Yo en este palacio tan severo! Parece que el techo me va á caer encima.

GAUDET. ¡Tiemblas!... Es delicioso. Se revela en ella la mujer honesta.

GOBET. Te prometí que vendría á verte, pero fué porque tenía que pedirte una cosa.

GAUDET. Concedida de antemano.

GOBET. Promete que no volverás más á Gray...

GAUDET. Prometido. Yo no volveré... pero tú tampoco...

GOBET. ¡Claro! (Aparte. Transición.) Claro que volveré.

GAUDET. Es que acabo de ascender á tu marido.

GOBET. ¿Qué dices?

GAUDET. Lo he nombrado Presidente en Tours.

GOBET. ¿Gracias á... á mí?

GAUDET. A ti... á ti sola.

GOBET. (Aparte.) Esta sí que es buena.

GAUDET. He elegido Tours porque no está más que á tres horas de París. Se puede ir y volver en el

día. Y calcula tú si me van á faltar pretextos para ir á Tours...

GOBET. (Rápida.) Te lo prohibo... No quiero que vuelvas á casa.

GAUDET. ¿Por qué?

GOBET. ¿Por qué?... Porque me parece... vamos que... Que no está bien... ¡Tú eres el único hombre que me ha hecho faltar á mis deberes de esposa!

GAUDET. Eres adorable...

GOBET. (Reparando en el traje que estará encima del sillón.) ¡Calla! ¡Un vestido!

GAUDET. Un vestido... (¡Ah! ¡El de Angelina!)

GOBET. ¿No me habías dicho que eras soltero?

GAUDET. Y lo soy...

GOBET. Yo supongo que no tendrás un traje de señora para andar por el Ministerio...

GAUDET. (¡Maldito traje!) Es que... verás... Este traje...

GOBET. A no ser que hayas tenido la atención de... (Coqueteando y mirando el vestido.)

GAUDET. De... de... Justamente... ¡De eso! Sabía que vendrías y quise darte esta sorpresa... He salido... He visto esta toilette y he dicho...

GOBET. ¿De veras? ¿De modo que es para mí? ¡Sí, es lindísima!

GAUDET. ¿Verdad que sí?

GOBET. Parece mentira que un Ministro tenga tan buen gusto... ¡Es preciosa! Y un modelo de última moda... Ya estoy deseando probármele...

GAUDET. ¡Ah! Eso desde luego... Es la condición... Además, quiero ver si te sienta bien... (Comienza á desabrocharla.)

GOBET. Pero... ¡Aquí!... ¡En el Ministerio de Justicia!

GAUDET. ¿Y por qué no? (Sigue desabrochándola.)

GOBET. Si entrase alguien... (Se quita el sombrero.)

GAUDET. Aquí no entra nadie... ¿Lo oyes? El mismísimo Napoleón que resucitara, no pasaría los umbrales de esas puertas... (Sigue desabrochándola el vestido.)

GOBET. Yo creo que me estará divinamente...

GAUDET. Aquí tienes un espejo. (Insinuante.)

GOBET. ¡Buen pillo estás!

GAUDET. ¡Ah! (Cae al suelo el vestido. Gobette queda en elegante deshabille interior.)

GOBET. Trae el vestido...

GAUDET. ¡Un momento!... Déjame contemplarte... ¡Oh! ¡Mi amor! ¡Mi ideal!... (Se sienta en el canapé. El timbre comienza á sonar dentro.)

GOBET. Vamos, no seas loco. Mira que si entra alguien...

GAUDET. ¿Aquí? Nadie; ya te lo he dicho... ¡Ni Napoleón que resucitara!... (El timbre sigue sonando. Él estará sentado. Ella en pie en actitud pudorosa, los brazos cruzados sobre el pecho para cubrirse el descote. Ábrese la puerta y aparece Mario.)

ESCENA XIII

DICHOS y MARIO

GOBET. ¡Ahí lo tienes! ¡Napoleón! (Corre á esconderse primero derecha.)

MARIO. ¿Ha llamado el señor Ministro?

GAUDET. (Furioso.) Pero, qué es esto? !Yo no he llamado! ¿Cómo se permite usted entrar aquí?

MARIO. Perdón, señor Ministro, pero Vuecencia ha tocado el timbre y sigue tocándolo todavía.

GAUDET. ¿Yo? Pero, ¿qué quiere decir esto? (Se levanta y deja de sonar el timbre.)

MARIO. Ya ha dejado de tocar...

GAUDET. (Viendo el timbre bajo el asiento del canapé.) ¿Quién ha puesto aquí esto?

MARIO. No sé decir al señor Ministro; hace un momento estaba en el velador... se conoce que habrá resbalado... y... él sólo...

GAUDET. El sólo, ¿eh? Yo averiguaré quién ha sido el idiota que se ha permitido semejante estupidez... y cuando lo haya averiguado...

ESCENA XIV

DICHOS y FRANCISCO

FRANC. El señor Presidente del Consejo pregunta por el señor Ministro...

GAUDET. ¡El Presidente del Consejo! (Aterrado.) Pronto... que pase á la Biblioteca... Voy ahora mismo... (Coge el sombrero de Gobette y los vestidos y los mete precipitadamente en el arca.)

FRANC. Está esperando allí...

GAUDET. Pues, voy... voy... (Á Francisco.) ¡Ah! Y si ha sido usted el que ha puesto el timbre ahí, ya verá usted lo que le pasa...

FRANC. ¡Señor Ministro!...

GAUDET. (Furioso.) Ya les arreglaré yo á ustedes... (Vase foro.)

FRANC. Pero, ¿qué historia es esa del timbre?

MARIO. (Frotándose las manos.) ¡No sabe lo que dice!

FRANC. No, á mí no me metan en lios... ¡No faltaba más! (Vase.)

MARIO. ¡Ella! ¡Era ella! ¡Le he puesto furioso! ¡Furioso para todo el día! (Llaman á la puerta.) Adelante...

ESCENA XV

MARIO, MOZOS PRIMERO y SEGUNDO

MOZO 1.º Buenos días. Han telefoneado al Guardamuebles para que viniésemos á recojer un arca..

MARIO. ¡Un arca!... (¡Y la ropa está dentro!) Sí, amigos míos... Un arca.. Esta es...

MOZO 1.º ¿Nos la podemos llevar?...

MARIO Ahora mismo... El señor Ministro lo ha ha ordenado... Llévensela...

MOZO 1.º Coge por aquel lado.

MARIO Con cuidado... Así... Vayan ustedes con Dios...

(Vanse los mozos llevándose el arca.) El vestido y el sombrero de la señora Tricointe, van camino del Guarda muebles Nacional. (Tararea alegremente La Marsellesa.)

ESCENA XVI

GOBETTE, OCTAVIO y MARIO

OCTAV. (Entra foro izquierda.) ¿Y el señor Ministro?

MARIO. Lo ignoro, señor Rosimond.

OCTAV. Debe seguir encerrado con el Presidente del Consejo.

MARIO. ¿Manda usted algo?

OCTAV. No; voy á esperarlo aquí. (Sale Mario por el foro.) La señora de Tricointe se debe haber marchado. (Oliendo.) Pero ha dejado un olorcillo muy agradable... ¡Qué señoras! ¡Quién lo pensara, al verla allí en su casa de Gray, tan honesta, tan insignificante...

GOBET. (Sale de la primera derecha.) ¡Ah, el Secretario!

OCTAV. (Viéndola. Aparte.) ¡Pero aún está aquí... (Alto.) Señora.

GOBET. Beso á usted la mano... ¿Donde está el señor Ministro?... No se ría usted...

OCTAV. Perdone usted, señora, pero la sorpresa...

GOBET. Me ha dado un síncope y me he visto obligada á aligerarme de ropa. ¡No vaya usted á pensar otra cosa!

OCTAV. Señora, yo...

GOBET. Ya ve usted cuán fácilmente pierde su reputación una mujer honrada.

OCTAV. Le aseguro señora, que yo no he pensado...

GOBET. (Aparte.) ¡No está mal el secretarito!... Es tan guapo como el Ministro... y... ¡cómo se parece á Octavio! (Alto.) Apropósito, ¿usted sabe donde están mi vestido y mi sombrero? Yo los dejé aquí...

OCTAV. Señora, yo acabo de llegar y no he visto nada. (Con malicia.)

GOBET. (Con malicia.) Aunque hubiese usted venido antes tampoco hubiera visto más de lo que ve ahora... ¿Como se llama usted?

OCTAV. Rosimond, Octavio Rosimond.

GOBET. ¡Octavio! ¡Qué bonito! (Pero, ¡cómo se parece á Gustavo!)

OCTAV. ¿Le gusta?

GOBET. Ya lo creo. Yo tuve un gato que se llamaba Octavio.

OCTAV. ¿Vive aún?

GOBET. No; ¡murió el pobre!

OCTAV. (Melancólico.) ¡Todos hemos de morir!

OCTAV. ¿Está usted triste?

OCTAV. Sí, señora... Estoy enamorado...

GOBET. ¡Tú!... Digo, ¡usted!

OCTAV. Sí, señora; desde hace diez días. Viniendo de Dieppe á París en el rápido, me encontré á una inglesita con la cual compartí la comida; ella no hablaba una sola palabra en francés, y yo, de inglés, ni chispa... Y, sin embargo, nos entendimos á maravilla. Al llegar la noche ¡la pobre!, cansada del viaje ¡se quedó castamente dormida sobre mi hombro!...

GOBET. Y... ¿se acuerda usted mucho de ella?

OCTAV. Bastante.

GOBET. ¿No podría usted olvidarla unos minutos, si un nuevo amor?...

OCTAV. (Acercándose.) Si ese nuevo amor viniese á mi armado de todas armas...

GOBET. ¿Qué... ?

OCTAV. (Mira á la primera izquierda.) Viene gente.

GOBET. Y yo, ¿qué hago?

OCTAV. Escóndase. (Señala á la primera izquierda.)

GOBET. No, allí no. ¿Dónde está su despacho de usted?

OCTAV. Allí.

GOBET. Pues vamos allí.

OCTAV. ¿Yo también?

GOBET. Naturalmente, hombre, ¿qué voy á hacer yo allí sola?

OCTAV. (Entrando primera derecha.) Como usted guste, señora... Por aquí... por aquí.

GOBET. (Entra segunda izquierda.) Ahora echo la llave. Napoleón si vuelve, tendrá que echar la puerta abajo.

ESCENA XVII

TÁRSILA, GAUDET y OCTAVIO

TARS. (Entra por la primera izqnierda con los chismes que se llevó para limpiar.) Lo que es ahora sí que brillan... No está aquí. Quiera Dios que no tarde. Dionisia me está esperando en el Hotel...

GAUDET. (Por el fondo.) ¡Qué pesado! No acababa nunca... ¿Otra vez aquí esta señora?...

TARS. (Viéndolo.) ¡Ah!... Ya he terminado, señor Ministro.

GAUDET. Y, ¿qué quiere usted?

TÁRS. ¿No adivina el señor Ministro?...

GAUDET. (Mirando á la chimenea.) ¡Ah! (Va á la chimenea y coge la pala y las tenazas.) Ahí tiene usted; la pala y las tenazas.

TÁRS. (Sorprendida.) Pero, ¿también quiere el señor Min!stro?...

GAUDET. Naturalmente; ya que ha venido usted, límpielo todo... Ande, ande.

TÁRS. Está muy bien, señor Ministro. (Sale primera izquierda.) Pero, ¿es que me va á hacer limpiar todo el metal del Ministerio?

GAUDET. (Solo.) La señora de Tricointe debe estar de un humor... (Mira á la primera derecha.) No está aquí... ¡Hombre, por fin se han llevado el arca! ¡Gracias á Dios!... ¿Dónde se habrá metido esta mujer?... (Llamando.) Rosimond... Debe estar en su despacho. ¿Rosimond? (Va á

la segunda izquierda.) ¡Hola! Se ha encerrado... ¡Rosimond! Abra usted.

OCTAV. (Dentro.) ¿Es usted señor Ministro?

GAUDET. Sí, yo soy; abra usted.

OCTAV. (Entra por la primera derecha.) ¿Qué pasa?

GAUDET. ¿Por qué ha cerrado usted?

OCTAV. (Muy azorado.) Para... por... para trabajar. ¡Sí! Con la puerta abierta no le dejan á uno. Estaba ahí examinando un expediente... y... como tengo los papeles sobre la mesa...

GAUDET. ¿Qué le pasa á usted? Está usted nervioso, sofocado...

OCTAV. Es que usted no sabe el calor que hace ahí dentro.

GAUDET. ¿No ha visto usted á la señora de Tricointe?

OCTAV. (Rápido.) Se ha marchado.

GAUDET. ¿Qué se ha marchado?... ¿Está usted seguro?

OCTAV. Completamente seguro; sí, señor.

GAUDET. ¡Qué mujer, amigo mío, qué mujer! No puede usted formarse una idea.

OCTAV. (Distraído.) No, no señor... no he podido...

GAUDET. Figúrese usted que la noche aquella de Gray... Bueno, ya se lo contaré más despacio; ahora lo primero es firmar el nombramiento del marido para Tours.

OCTAV. ¡Tours!... ¡Está algo lejos, no crea usted!

GAUDET. (Atónito.) ¡Cómo!

OCTAV. Hace poco pensaba yo en eso. ¡Tres horas de tren! No crea usted que la va á tener aquí todos los días, no.

GAUDET. (Aparte.) ¡Lo que me quiere este muchacho! (Alto.) Eso es verdad. ¿Y si nos le traemos á Blois?

OCTAV. Aún está lejos. ¡Va usted á pasar días muy tristes!

GAUDET. Entonces... á Versalles.

OCTAV. Bueno y... ¿Por qué no simplemente á París?

GAUDET. ¿A París?

OCTAV. Aquí al Ministerio. Director del Personal, un magistrado antiguo, experimentado...

GAUDET. ¿Y el escándalo de que hablaba usted antes?

OCTAV. Hay que convenir en qué me permití exagerar un poquito.

GAUDET, Y, ¿si me interpelaran en la Cámara?

OCTAV. Contestará usted con la frente muy alta, que usted busca el mérito donde se encuentra. ¡No faltaba más!

GAUDET. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Tiene usted razón!

ESCENA XVIII

DICHOS y BIENVENIDO

BIENV. (Por la segunda izquierda.) ¿Se puede?

GAUDET. Adelante.

BIENV. (Entra.) Señor Ministro; aquí traigo preparado el decreto nombrando al señor Tricointe Presidente en Tours.

GAUDET. No; el señor Tricointe no va ya á Tours.

BIENV. ¿Que no vá?...

GAUDET. Se le nombra Director del Personal en el Ministerio.

OCTAV. Eso es.

GAUDET. Eso es.

BIENV. Pero entonces... tengo que rehacer el decreto.

OCTAV. Y de prisa.

BIENV. ¿Y quién va á Tours?

GAUDET. Durantel, ¡no faltaba más! Le dí palabra á Chaboche. Ande usted Bienvenido...

BIENV. (Aparte.) Tendré que tomar el tren de las once y media.

OCTAV. ¿Qué dice usted?

BIENV. (Saliendo foro izquierda.) Y mi mujer que me está esperando en la estación...

OCTAV. ¡Qué más dá, hombre, qué más dá!

GAUDET. (Mirando el bolso que Társila habrá dejado olvidado sobre la mesa.) ¿Qué es esto?

OCTAV. (Aparte.) ¿Cómo me las compondría yo para que se marchase?

GAUDET. Un bolso de mano. ¿De quién será? (Lo abre.) Tarjetas á nombre de la señora de Tricointe y una carta cerrada. (Lee el sobre.) Sr. Mirliflor-Monfleur. (Habla.) Y la estampilla del Hotel de la Paz, boulevar de Montmartre... Esto quiere decir que se hospeda allí... Y que se ha dejado olvidado ésto; voy á mandárselo...

OCTAV. Sería mejor, más galante, más delicado, que fuera usted mismo á llevárselo. Así, de paso, podría usted excusarse por haberla dejado marchar...

GAUDET. Es una idea... y como está tan cerca... Sí, sí. Voy en el acto; vuelvo en seguida. Si viene alguien que espere. (Toca un timbre y sale por el foro.)

OCTAV. (A Francisco.) El señor Ministro va á salir.

ESCENA XIX

OCTAVIO y GOBETTE

OCTAV. ¡Gracias á Dios! Ahora esta pobre podrá marcharse... pero, ¿y su vestido y su sombrero? (Mira á todos lados.) ¿Dónde los habrá puesto este hombre?

GOBET. (Entra segunda izquierda.) ¿Estás sólo?

OCTAV. Sí; ande usted... Ya puede marcharse.

GOBET. ¿Pareció mi vestido y mi sombrero?

OCTAV. No los encuentro por ninguna parte.

GOBET. ¿Pues entonces, cómo quieres que me vaya? Oye, ¿supongo que nos volveremos á ver?

OCTAV. ¡Ya lo creo! Siempre que tú... digo que usted...

GOBET. Vendré á buscarte todos los días aquí, á tu despacho.

OCTAV. Ahora váyase; puede volver el Ministro, querrá saber donde ha estado metida...

GOBET. Y él, ¿dónde está?

OCTAV. Se ha marchado. Ha ido á buscarla á usted al Hotel.

GOBET. ¿A qué Hotel?

OCTAV. Al de la Paix.

GOBET. ¡Pues se ha lucido!

OCTAV. En fin; voy á buscar la ropa. (Sale por la primera izquierda.)

ESCENA XX

GOBETT, MARIO y TRICOINTE

GOBET. Me parece que me he portado con demasiada ligereza para ser una Presidenta. (Mira el reloj.) ¡Demonio! ¡Las once y cuarto! ¡Y yo que tengo que ver á las once y media al empresario de América! No; necesito la ropa; ¿dónde puede estar? (Llaman en la puerta del fondo.) ¡Ah! Ahora viene gente. (Sale rápida por la segunda izquierda.)

MARIO. (Abriendo la puerta del fondo.) Angelina habrá visto mi señal y no tardará en subir. (Abre la ventana y agita el pañuelo. Llaman en la puerta del fondo.)

TRICO. (Entra por el fondo.) Perdón; me ha dicho el portero que me dirija á un ugier...

MARIO. (Seco.) ¿Qué pasa?

TRICO. Y como he visto que entraba usted aquí, me he permitido...

MARIO. (Seco.) ¿Qué pasa? ¿Qué quiere usted?

TRICO. (Tímido.) Desearía hablar con el señor Ministro.

MARIO. No está.

TRICO. Pues cuando venga el señor Ministro, me hace usted el favor de entregarle esta tarjeta y anunciarle que volveré mañana.

MARIO. (Toma la tarjeta. Lee.) «Agustín Tricointe, Presidente de la Audiencia de Gray.» (Aparte.) ¡El marido!... ¡Es el marido!... (Alto.) No, no se marche.

TRICO. ¿Cómo?
MARIO. El Ministro volverá en seguida.
TRICO. Como no tengo pedida audiencia.
MARIO. ¡Qué más dá!
TRICO. ¡Ah! ¿sí?
MARIO. Siéntese usted y espere. El señor Ministro tendrá un verdadero placer al verlo.
TRICO. ¿Crée usted?
MARIO. ¡Cuando yo se lo digo!...

ESCENA XXI

DICHOS y GAUDET

GAUDET. (Entra por el fondo.) No estaba...
TRICO. Señor Ministro...
GAUDET. (Con asombro.) ¡Tricointe!
MARIO. (Con sorna.) Sí, señor Ministro, el señor Tricointe está aquí...
TRICO. Como no tenía pedida audiencia he querido retirarme, pero este señor, al saber mi nombre, ha insistido tanto en que esperase...
MARIO. (Sonriendo.) ¿He hecho bien, señor Ministro?
GAUDET. Si, sí, ¡muy bien! (Aparte.) ¡Tío canalla!
MARIO. ¿No se lo dije? Encantado.
GAUDET. (A Mario.) Márchese usted.
MARIO. En seguida, señor Ministro. (Saliendo por foro.) ¡No quedan ni los rabos!
GAUDET. (Aparte.) Gracias á que su mujer se ha marchado ya...

ESCENA XXII

TRICOINTE, GAUDET y GOBETTE

GAUDET. ¡Cuánto me alegro que haya usted venido! Toda la mañana me la he pasado pensando en usted.
TRICO. ¿Es posible, señor Ministro?

GAUDET. Parece mentira que un hombre de su mérito haya estado veinticinco años olvidado en Gray. Pero ¡basta ya de favoritismo! De aquí en adelante, mientras yo sea Ministro, no ascenderá más que el más digno.

TRICO. ¡Muy bien! Un magistrado que miente no tiene el derecho de juzgar á sus semejantes.

GAUDET. ¡Claro que no!

TRICO. (De pie y muy solemne.) Y por eso... tengo el honor de presentar al señor Ministro de Justicia, la dimisión de mi cargo.

GAUDET. ¿Qué?

TRICO. He mentido, señor Ministro. Quiero expiar mi culpa. No he venido á otra cosa. Estoy decidido. Me retiraré á un desierto con mi mujer y mi hija.

GAUDET. (Alarmadísimo.) ¡Ah, no señor! ¡De ninguna manera! ¡No lo toleraré jamás!

GOBET. ¡Oh, Tricointe! (Vase.)

TRICO. He tenido la avilantez de recibir en mi casa, de dar hospitalidad en mi propio hogar á una mujerzuela. Sí, señor Minisiro, quiero que lo sepa usted todo.

GAUDET. No, no quiero saber más.

TRICO. Es que necesito descargar mi conciencia.

GAUDET. Y yo la mía; le exijo que se calle. Yo soy desde ahora su defensor.

TRICO. Obedezco, pero... ¿qué pensará usted de mí?

GAUDET. Que es usted una de las figuras más grandes de la magistratura francesa.

TRICO. ¿Yo?

GAUDET. (Exaltado.) Sí, usted; aunque no quiera. Porque el amor á la justicia le ha llevado al extremo de condenarse así mismo. Un acto tal merece recompensa. ¡Señor Tricointe, queda usted nombrado Director del Personal del Ministerio de Justicia!

TRICO. ¡¡Yo estoy soñando!!

GAUDET. Y para que no quede duda, voy á darle pose-

sión del cargo privadamente, hasta mañana que una vez publicado el decreto, tomará usted posesión oficial y solemne.

ESCENA XXIII

DICHOS, OCTAVIO, GOBETTE, MARIO y TÁRSILA

OCTAV. (Entra por la primera izquierda.) No encuentro la ropa por ninguna parte... ¡Ah! (Al ver á Tricointe.)

GAUDET. ¡Ah! Oiga usted, Rosimond; acompañe al señor Tricointe y váyale presentando al personal.

TRICO. Déjeme por lo menos que le dé las gracias...

GAUDET. Luego... luego...

OCTAV. (A Tricointe en la puerta segunda izquierda.) Usted primero.

TRICO. (Saliendo.) Soy una de las figuras más grandes de la magistratura francesa... ¡Quisiera yo ver cómo son las más pequeñas! (Salen Tricointe y Octavio por foro.)

GOBET. ¡Qué suerte la de Tricointe!

GAUDET. ¡Tú aquí! Creí que te habías marchado hace un rato... Pero ¿dónde has estado?

GOBET. Huyendo de la gente, mientras no me devuelvas mi ropa...

GAUDET. (Recordando.) ¡Tu ropa! ¡Ay, Dios mío!

GOBET. ¿Qué te pasa?

GAUDET. Que ahora recuerdo que tu ropa la metí en el arca que se han llevado al guarda muebles.

GOBET. ¡Pues es una gracia! Y, ¿cómo salgo yo asi á la calle?

GAUDET. No, no; espera; puede que aun no se lo hayan llevado. Voy á llamar; entra ahí. (Señala á la primera derecha. Llama.)

GOBET. ¿Otra vez?

GAUDET. Un minuto.

MARIO. ¿Ha llamado el señor Ministro?

GAUDET. ¿Dónde está el arca que había ahí?

MRIO. Camino del Guarda muebles.

GAUDET. O sea, camino de Grenelle...

MARIO. El señor Ministro me dió orden esta mañana de que se la llevasen en seguida.

GAUDET. (Furioso,) Pero no con la ropa que había dentro.

MARIO. ¿Ropa?... Yo ignoraba...

GAUDET. Usted lo ignora todo... Telefonee usted en seguida al guarda muebles, que envien esa ropa en cuanto llegue.

MARIO. No llegará antes de las seis de la tarde.

GAUDET. ¡Las seis de la tarde!.. Bueno, déjeme usted en paz!

MARIO. En seguida, señor Ministro.

GAUDET. ¡Daría la vida... ministerial por encontrar una solución.

TÁRS. (Saliendo.) Ya está esto, señor Ministro.

GAUDET. Muy bien. (Aparte.) ¡Oh, qué idea! (Alto.) Venga usted acá.

TÁRS. (Aparte.) ¡Cómo le brillan los ojos!

GAUDET. ¿Quiere usted ganarse cien francos?

TÁRS. ¡Cien francos!

GAUDET. Desnúdese usted.

TÁRS. ¿Para qué?

GAUDET. (Furioso.) ¡Para lo que sea! ¿Quiere usted desnudarse ó no?

TÁRS. Pero por dinero no, ¿eh?

GAUDET. Entonces, qué quiere usted?

TÁRS. Verá usted, señor Ministro... Mi marido espera un ascenso desde hace veinte años...

GAUDET. Bien, bien; se le ascenderá... Venga el vestido.

TÁRS. ¿Y si me niego?

GAUDET. No le ascenderé...

TÁRS. Entonces, hay que sacrificarse.

GAUDET. Deprisa, ¿eh?

TÁRS. (Aparte,) ¡Qué impulsivo! (Se lo quita.)

GAUDET. ¡Más deprisa, por Dios! ¡Los minutos son siglos!

TÁRS. (Aparte.) Estos hombres polítidos, todo lo ha-

cen á la carrera. (Cae al suelo el vestido. Társila queda también en deshabille.)

GAUDET. (Tomando las prendas.) ¡Así! Ahora entre usted allí y espere sin impacientarse...

TÁRS. Yo haré lo que el señor Ministro me mande... y yo pueda hacer. (Sale Gaudet primera derecha.)

ESCENA XXIV

TÁRSILA y MARIO

MARIO. (Entra por la segunda izquierda.) Tricointe está con el Director general... ¿Dónde se habrá metido su señora?

TÁRS. ¡Ah, señor Ministro!...

MARIO. ¡Eh! ¿Otra? (Mira primera izquierda.) ¿Qué hace usted aquí?

TÁRS. Esperar al señor Ministro.

MARIO. Y, ¿no le da á usted vergüenza, en un Ministerio?...

TÁRS. Oiga usted, ¿á mí de qué me va á dar vergüenza?

MARIO. (Aparte.) (¡Claro, no la habrá conocido en la vida!)... ¡Cómo se nota que está al caer una nueva combinación de magistrados!

TÁRS. Tenga usted presente que mi marido lleva veinte años sin ascender.

MARIO. (Aparte.) ¡No lo dije! (Alto.) Bueno, bueno; déjeme en paz. No tengo nada que ver con usted. Yo á quien busco es á la señora de Tricointe.

TÁRS. ¡Qué dice usted! Esa señora soy yo.

MARIO. (Aparte.) Entonces es que hay dos.

TÁRS. Mi marido es Presidente de la Audiencia de Gray.

MARIO. ¿Está usted segura? ¿No estará usted equivocada?

TÁRS. ¡Pero hombre, cómo voy á estar equivocada!

MARIO. Bueno, Bueno.

TÁRS. ¿Y para qué me busca usted?

MARIO. Va usted á saberlo dentro de muy poco. Espere; no se mueva usted de aquí.

TÁRS. ¿Qué he de moverm ?

MARIO. (Saliendo foro.) Un minuto; nada más que un minuto. (Aparte.) Ahora voy y le digo á Tricointe que el Ministro lo está esperando en su despacho.

ESCENA XXV

TÁRSILA, GAUDET, GOBETTE, TRICOINTE, segunda izquierda.

GAUDET. Vamos, ya puedes salir.

GOBET. (Entra primera derecha con la ropa deÁrsila.) Pero oye, ¿de dónde has sacado estos trapos?

GAUDET. No te preocupes.

GOBET. Parezco un espanta pájaros.

GAUDET. De todos modos estás bonita. Y, además, ¿supongo que estarás contenta?

GOBET. ¿Por qué?

GAUDET. Ya tienes á tu marido trasladado á París. Podrás venir á verme todos los días.

GOBET. ¿Aquí al Ministerio? Pero, ¿tú no ves que eso es imposible?

GAUDET. ¿Por qué?

GOBET. ¿Cómo que por qué? Siendo él de la casa, vendrá todos los días. ¿Cómo quieres que yo me exponga á encontrarme con él y no saber qué decirle?

GAUDET. ¡Demonio, es verdad! ¡Lo nombraremos Presidente de la Audiencia de París! ¡En veinticuatro horas, no puede haber hecho una carrera más bonita! Bueno, y ahora márchate!

MARIO. ¡El señor Tricointe!

TRICO. ¡Hola, hola!

GOBET. (Aparte. viendo á Tricointe.) ¡Él! (Coge la papelera que habrá bajo la mesa del Ministro y se la pone en la cabeza para taparle el rostro.)

TRICO. (A Gaudet.) Perdón; creí que estaba usted solo...

GAUDET. Sí... estoy solo...

TRICO. Señora, perdóneme usted también... (Fijándose en la papelera.) Será costumbre.

GAUDET. (Acompañando á Gobette á la puerta del foro.) Pues, sí, señora, como le decía, examinaré con un interés grandísimo su asunto y creo que podré complacerla. (Sale Gobette por el fondo. Viniendo al primer término.) ¡Cracias á Dios! No la ha conocido.

TRICO. Me han dicho que deseaba usted hablarme.

GAUDET. ¿Quién se lo ha dicho?

TRICO. El ugier.

GAUDET. (Aparte.) ¡Ese canalla! (Alto.) Efectivamente, amigo mío; tengo que comunicarle que ya no es usted Director del Personal.

TRICO. ¿Ya?

GAUDET. Acaba usted de ser ascendido.

TRICO. ¡No puede ser!

GAUDET. Acaba usted de ser nombrado Presidente de la Audiencia de París.

TRICO. Presidente de... (Transición.) ¿Por mucho tiempo?

ESCENA XXVI

DICHOS y BIENVENIDO

BIENV. (Entra segunda izquierda.) Señor Ministro, he rehecho el decreto y aquí está el nombramiento del señor Tricointe para Director del Personal.

TRICO. (Con énfasis.) ¡Director del Personal! (A Bienvenido.) Pero, ¿usted por quién me toma? Acabo de ser nombrado Presidente de la Audiencia de París.

BIENV. Pero es que...

GAUDET. Ni una palabra más. ¡Vaya usted!

BIENV. Está muy bien, señor Ministro. (Saliendo.) ¡No saldré nunca para Poissy! ¡Pobres novios!

ESCENA XXVII

BRIERS y OCTAVIO

TRICO. ¡Señor Ministro!

GAUDET. No; no me dé usted las gracias. Cuanto más tardía es la justicia, más completa debe ser.

OCTAV. (Por el fondo.) Señor Ministro; el Consejo va á reunirse en el Elíseo. Ya es la hora.

GAUDET. ¡Es verdad, que es hoy! Con tanta cosa se me había olvidado. Perdone usted, (Solemnemente.) señor Presidente de la Audiencia de París.

OCTAV. ¿Como?

TRICO. No faltaba más. ¡La Nación es lo primero! Vaya usted.

OCTAV. (A GAUDET.) Presidente de la Audiencia de...

GAUDET. Sí; ahora se lo contaré por el camino. (Salen Gaudet y Octavio por el fondo.)

OCTAV. (Saliendo.) ¡Las mujeres! ¡Las mujeres!

ESCENA ÚLTIMA

TÁRSILA, TRICOINTE, MARIO y ANGELINA

TÁRS. (Solo.) Y es que el verdadero mérito encuentra siempre ¡siempré! su recompensa.

MARIO. (Entrando por el fondo: á los de dentro.) Por aquí... por aquí...

ANGEL. (Entra furiosa seguida de cinco ó seis empleados.) ¿Dónde está? ¿Dónde está?

MARIO. Ella no sé; pero ese es el marido (Señala á Tricointe.)

TRICO. ¿Qué?

ANGEL. ¡Ah! ¿Es usted el engañado...

TRICO. ¿Engañado?

ANGEL. Su mujer de usted y el Ministro... (Hace un gesto.)

TRICO. (Estupefacto.) ¡Mi mujer!

ANGEL. Sí, su mujer en ropas... ligeras en el despacho del Ministro.

TRICO. ¡Pero si está de viaje! ¡¡Esa es una calumnia infame!!

MARIO. (Aparte á Tricointe.) Antes de llamar calumniador vea usted lo que hay detrás de esa cortina. Salga usted, señora.

TRICO. ¡Ah! ¡Társila!

TÁRS. ¡Agustín... ¡Abrete tierra!

TRICO. (Dejándose caer en el canapé.) ¡Ya decía yo que eran muchos ascensos en un día! (Todos ríen estrepitosamente.)

TELÓN

ACTO TERCERO

El Hall del Hotel de la Paix. Puerta en el primer término de la izquierda señalada con el núm. 5; en segundo término y casi de frente al público, una puerta rulante cuyos cristales estarán cubiertos con cortinillas. Al fondo gran puerta de cristales y sobre ella un letrero que dice: «Bureau».— En la derecha segundo término y casi de frente al público, primeros tramos de una escalera, al lado una puertecilla. Puerta en el primer término de la derecha con un letrero que diga: «Salón de lectura». En el centro de la escena una mesa con recado de escribir y ante ella un sofá: á la izquierda una mesita. Entre la puerta rulante y la habitación núm. 5, un pie y sobre él un jarro de cobre con una planta.

ESCENA PRIMERA

JULIETA, DOMINGO y DIONISIA

(Al levantarse el telón no hay nadie en escena: un timbre suena con insistencia.)

JULIE. (Por el fondo.) Están llamando en el núm. 5 y Domingo sin enterarse... (Viéndole por la escalera.) ¡Vamos, hombre! ¿De dónde viene usted?

DOMIN. De acompañar á una señora al primero, al cuarto de Mister Froman, el empresario americano. Todo el día están llegando actrices á preguntar por él... Parece que está organizan-

do una turné por los Estados Unidos. (Suena el timbre de nuevo.)

JULIE. Llaman en el 5.

DOMIN. Entonces es inútil que vaya; se trata de una muchachita que no habla más que inglés.

JULIE. Pues vaya usted á buscar al intérprete.

DOMIN. Si no ha venido hoy; está malo. Tiene gota.

JULIE. ¡Gota! Ya serán algunas copas más...

DOMIN. (De pronto.) ¡Pero qué bruto soy! Voy á buscar al señor Poche! El agente de Policía... El sabe inglés...

JULIE. ¡Es verdad! Vaya usted corriendo. Debe estar de servicio en la esquina, junto al Kiosco de los Pájaros. (Sale Domingo por la puerta rulante.)

ESCENA II

JULIETA, DIONISIA, DOMINGO y POCHE

DOMIN. (Entra por la habitación núm. 5.) *Doyon speak english.*

JULIE. No, señorita...

DIONI. *The interpreter. These is the interpreter.*

JULIE. ¿El intérprete?... Tiene una pierna mala...

DIONI. *Beg pardon.*

JULIE. La gota... tiene la gota...

DIONI. *¿Good? ¡Oh! ¡Yes! ¡Bou!*

JULIE. No, no, bueno no, malo... pero el criado ha ido á buscar al señor Poche.

DIONI. (Por el torno.) Por aquí. (Entra con Poche, agente de Policía.)

JULIE. Aquí están... Buenos días, señor Poche.

POCHE. Señorita... tanto gusto...

DIONI. *¡Oh! a policemen!*

JULIE. Usted siempre tan amable; ha venido usted en seguida.

POCHE. ¡No faltaba más! Cuando el señor Prefecto de Policía dispuso que aprendiéramos el inglés los agentes más listos, lo hizo para que pres-

tásemos nuestra ayuda á los que no saben hablar más que la lengua de Shakespeare.

DOMIN. (Señalando á Dionisia.) Esta es la persona...

POCHE. ¡Es bonita! (A Julieta.) No tanto como usted, pero es bonita. (Muy amable á Dionisia.) *How do yon do, mis? ¿Wat do yon wist?*

DIONI. *My mother left half past nidc to yo to the Minister of justice aud it is no. Is she come dome?*

JULIE. ¿Qué quiere?

POCHE. Dice que su señora madre ha ido al Ministerio de Justicia á las nueve y media; son las doce y pregunta si no ha vuelto todavía.

JULIE. No ha vuelto, no.

POCHE. (A Dionisia.) *Your mother has not yet come home.*

DIONI. *Thauk you sir.* (Entra en su habitación.)

ESCENA III

JULIET,A DOMÍNGO, POCHE y OCTAVIO

POCHE. Ya ven ustedes, se entiende uno en seguida. Basta con saber inglés.

JULIE. Oiga usted, señor Poche. ¿Se dirigen á usted al cabo del día muchos ingleses pidiendo informaciones en la calle?

POCHE. Muchos, pero casi todos por la noche y viejos en su mayoría... Y siempre deseando saber lo mismo: ¿Dónde hay?... etc., etc.... ¿Comprende usted? (Sonriendo malicioso.)

JULIE. ¿Y qué les dicen ustedes?

POCHE. (Muy grave.) Cumplimos con nuestro deber, encaminándoles á los lugares que desean conocer...

JULIE. ¡Claro! Hasta luego, señor Poche. Me vuelvo á la Caja.

POCHE. ¡Ah! ¡De qué buena gana me convertiría en un luis!

JULIE. ¿Para qué?

POCHE. Para estar siempre en sus manos.

JULIE. ¡Va! (Se va por el fondo.)

DOMIN. ¿No quiere usted tomar nada en el Bar por mi cuenta?

POCHE. No me atrevo á rehusar...

DOMIN. (Señalando á la puerta.) ¿Una copita de cognac?

POCHE. No, desde que hablo el inglés no bebo más whisky. (Sale segunda derecha.)

OCTAV. (Entra por el torno.) La señora de Tricointe ya estará aquí. (Viendd á Domingo.) ¡Eh! ¡Mozo! Dígame...

DOMIN. Un momento, señor. Voy á acompañar á este señor al Bar y vuelvo en seguida. (Sale.)

ESCENA IV

OCTAVIO y DOMINGO

OCTAV. No tarde usted... He dejado al Ministro en el Eliseo y me he ido corriendo al Guarda-muebles Nacional: «Señor Director, vengo á suplicarle que salve usted á una mujer que ha perdido el vestido y el sombrero en un Ministerio.» «¿En el de Bellas Artes», me preguntó. Parece ser que en Bellas Artes es donde se pierden estas cosas con más frecuencia.» «No; en el de Justicia» le he contestado. Total: que antes de una hora la señora de Tricointe habrá recobrado sus prendas. Estoy impaciente por decírselo y tranquilizarla.

DOMIN. (Entra segunda derecha.) Perdóneme el señor.

OCTAV. ¿Sabe usted si está en su habitación la señora de Tricointe?

DOMIN. No, señor; no ha vuelto.

OCTVV. ¿Aún no?

DOMIN. La señorita, sí...

OCTAV. ¿La señorita? ¿Qué señorita?

DOMIN. La señorita de Tricointe.

OCTAV. ¡Cómo! Pero ¿la señora de Tricointe tiene una hija?

DOMIN. Sí, señor.

OCTAV. ¡Hombre! Voy á comprarle una muñeca. (Va á salir.)

DOMÍN. (Riendq.) ¡Una muñeca á una muchacha de diez y ocho años!

OCTAV. ¡Diez y ocho años! No, hombre, usted está de broma. La señora de Tricointe no puede tener una hija de diez y ocho años.

DOMIN. Yo no lo sé... Si quiere usted ver á la señorita...

OCTÁV. No, no; no tengo ningún interés. ¡Después de lo que ha ocurrido... la presencia de la hija me molestaría!

DOMIN. Y, ¿qué es lo que ha pasado?

OCTAV. Si alguien se lo pregunta á usted contéstele que lo ha olvidado. Voy á esperarla aquí.

DOMIN. Está muy bien, señor. (Sale por la segunda derecha.)

ESCENA V

OCTAVIO, DIONISIA POCHE

OCTAV. Nunca hubiera creído que una mujer tan... mujer pudiera ser madre al mismo tiempo. Y madre de una chica de esa edad... ¡diecinueve años... (Entra Dionisia por primera izquierda. Octavio da un grito.) ¡Es posible! ¡Es posible! ¡Es ella! .. ¡No cabe duda!

DIONI. ¡¡Ah!!

OCTAV. Es ella; la del rápido... (Se acerca.) Señorita, qué sorpresa, qué alegría, qué felicidad volverla á ver.

DIONI. *Very gald to mest you! Now ase you?*

OCTAV. ¡Qué lástima! En diez días no se ha cuidado de aprender el francés: y yo... tampoco he aprendido el inglés.

POCHE. (Entra por la segunda derecha.) ¡Soberbio whisky!

DIONI. (A Poche.) *¡Oh! Mister Poche, como hore quickhy.*

POCHE. *Waht de you wlsh?*

OCTAV. ¡Cómo! ¿Usted habla inglés?

POCHE. ¡Como Shakespeare!

OCTAV. Hombre, pues hágame usted el favor de sentarse aquí entre los dos, y repetir á esta señorita todo lo que yo vaya diciendo.

POCHE. ¡Gon mucho gusto! (Se sienta en el sofá frente al público Octavio, Poche y Dionisia.)

OCTAV. ¡Oh, qué sorpresa, qué alegría, qué felicidad, ver á usted otra vez!

POCHE. ¡Muchas gracias! Es usted muy amable.

OCTAV. No, hombre; si se lo digo á ella.

POCHE. ¡Ah, vamos! Ya decía yo...

OCTAV. Ande usted, hombre; traduzca usted...

POCHE. Sí, si... (A Dionisia.) *¡Ah! what a surprise, waht a happinesse, what a joy to find you here.*

DIONI. *O i too am very happy to see you again, for. I ofleu thongth of you.*

OCTAV. ¿Qué dice?

POCHE. Que se alegra una barbaridad de verlo á usted bueno y que ha pensado mucho en usted.

OCTAV. ¡Que ha pensado en mí... ¡Oh! Voy á morir de alegría.

POCHE. No diga usted eso, hombre.

OCTAV. ¡¡Llevaba seis días sin vivir!!

POCHE. Usted exagera.

OCTAV. Traduzca usted.

POCHE. Bueno, bueno. (A Dionisia.) *For ten days I am quité dead.*

DIONI. *So am I.*

POCHE. Dice que ella lleva otro diez, pero exagera también.

OCTAV. ¡Mi vida! ¡Mi amor! ¡Te quiero!

POCHE. (Levantándose.) Bueno, mire usted; yo nunca le le he dicho eso á una inglesa, así es que no sé...

OCTAV. ¡Pero, hombre! Si es lo principal. Traduzca, traduzca...

POCHE. (Sentándose.) *My darling, my love. I love you.*

DIONI. (Levantándose seria.) *I al am a respectable young girl... Il your intentions ars not honorable. I cannot listen to you auy longer.*

POCHE. (Se levanta imitando á Dionisia.) Yo soy una joven de buena familia, y si sus intenciones no son del todo honestas, no puedo seguir escuchándole.

OCTAV. (Se levanta.) Completamente honestas; dígala usted que yo me consideraría muy dichoso si pudiera hacerla mi esposa.

POCHE. Un momento. El matrimonio es una cosa muy grave... No hay que comprometerse así á la ligera.

OCTAV. ¡Déjeme usted de historias!

POCHE. ¡Que se va usted á arrepentir!... Aquí me tiene usted á mí; me casé con una mujer que era un ángel... y, sin embargo á los tres meses me engañó.

OCTAV. No es igual. Traduzca usted.

POCHE. (A Dionisia.) Sí, señorita, ¡me engañó como á un chino idiota! Ya ve usted, ¡á un hombre como yo! ¡Con dos lenguas: la de mis padres y la del Príncipe de Gales...

OCTAV. ¿No irá usted á contarle todo eso á una señorita?

POCHE. ¡Qué más dá! ¡No ve usted que no lo entiende?

OCTAV. No importa... Pídale usted su mano. Me llamo Octavio Rosimond, Secretario particular del Ministerio de Justicia.

POCHE. ¡Hola! No es usted un indocumentado.

OCTAV. Pregúntele cómo se llama su madre.

POCHE. Como ella, probablemente.

OCTAV. Pero es que no sé como se llama ella.

POCHE. *What is your mother S name?*

DIONI. *Mistress Tricointe.*

OCTAV. ¡Cómo!

POCHE. La señora de Tricointe.

OCTAV. ¡Debo haber entendido mal! ¿La señora de Tricointe?

DIONI. *¡Yes! ¡Yes!*

OCTAV. ¿La esposa del Presidente de la Audiencia de Gray?

DIONI. *¡Yes, yes! ¡Presidente Gray!*

OCTAV. ¡Cielos!

POCHE. ¿Qué le pasa á usted?

OCTAV. (Aterrado.) Su madre... ¡Era su madre!

POCHE. ¿Qué dice usted?

OCTAV. Que acabo de hacer el amor á su mamá...

POCHE. ¿Traduzco eso también?

OCTAV. ¡No, por Dios! ¡Que no lo sepa! ¡Dios mío! Y hace una hora... Una hora nada más...

POCHE. ¿Nada más?... ¡Qué lástima! ¡Pudo usted retrasarse un poco!

OCTAV. ¡Ojalá! ¡Estoy perdido! ¡Soy un miserable!

POCHE. No se apure usted tanto. Le advierto á usted que eso pasa en muchas familias...

OCTAV. Dígala usted que entre en su habitación... que tengo que salir... que vuelvo en seguida.... en fin, lo que usted quiera.

POCHE. Bueno, bueno. (Habla en voz baja con Dionisia.)

DIONÍ. *¡Yes! ¡Good bye! Monsieur Rosimond.* (Entra en el núm. 5.)

ESCENA VI

OCTAVIO y POCHE

OCTAV. Señor Poche: usted ss un guardia municipal; es decir, un hombre de honor.

POCHE. Son inseparables las dos cosas.

OCTAV. Deme usted un consejo. ¿Qué debo hacer?

POCHE. Tiene usted deberes que cumplir con la madre, porque, en fin... ya me comprende usted... y tiene usted deberes que cumplir con la hija porque es usted su novio.

OCTAV. Evidentemente.

POCHE. Pues bien; cásese usted con la hija, pero sin despreciar del todo á la madre.

OCTAV. ¡Eso sería espantoso!

POCHE. Piense usted que tiene que quedar bien con las dos.

OCTAV. No, no; mi vida acaba de deshacerse como un polvorón. No me queda más recurso que tirarme debajo de un autobus.

POCHE. No, ¡por Dios! Reflexione usted. Nada de resoluciones extremas.

OCTAV. (Transición.) Tiene usted razón; antes de nada, hace falta que yo hable con la madre.

POCHE. Es una idea.

OCTAV. Hace poco le he dado las señas de mi casa y puede que haya ido. Voy á ver.

POCHE. Es lo mejor.

OCTAV. ¡Ah! Mi vida se ha deshecho...

POCHE. Sí, sí... Ya sé. Como un polvorón. (Sale Octavio por el torno.) ¡Pobre muchacho! ¡Dá pena!

OCTAV. (Vuelve á entrar muy deprisa.) ¡Demonio!

POCHE. ¿Qué pasa?

OCTAV. ¡Tricointe! ¡Que viene Tricointe!

POCHE. ¿El marido?

OCTAV. Sí. No quiero verlo.

POCHE. Salga usted por allí. (Señala segunda derecha.) Dando la vuelta por el Bar se sale también á la calle.

OCTAV. (Aparte saliendo.) ¡Su hija! ¡Era su hija!

ESCENA VII

POCHE, TRICOINTE y TÁRSILA

POCHE. El hombre que se enamora de una mujer no debe fijarse para nada en su señora suegra...

TRICO. (Por el torno. Entrada cómica. Avanza lentamente hasta el primer término.) Cuando fuí á echarme sobre ella para aniquilarla, había desapareci-

do... Ha debido regresar al Hotel á cuerpo. ¡Qué vergüenza!

POCHE. Servidor de usted, señor Presidente.

TRICO. ¿Qué?

POCHE. Godofredo Poche, Guardia-Intérprete; dos idiomas.

TRICO. ¿Me conoce usted?

POCHE. (Estrechándole la mano.) ¿Quién no conoce al Presidente Tricointe?

TRICO. (Áparte.) Por lo visto soy ya popular en París.

POCHE. Conozco también á la señorita, á su hija.

TRICO. ¿Sí?...

POCHE. Es encantadora... A quien no conozco todavía es á su señora... Aún no ha vuelto.

TRICO. ¿No?

POCHE. No; salió á las nueve y media para ir al Ministerio de Justicia...

TRICO. ¡Cómo! ¿También sabe usted?...

POCHE. (Con misterio.) Lo sé todo, señor Presidente...

TRICO. ¿Todo?... Sabe usted también que...

POCHE. ¿Lo sabe usted?

TRICO. ¿Yo? Lo he descubierto hace media hora.

POCHE. Y yo hace cinco minutos.

TRICO. ¡Cómo circulan las noticias en París!

POCHE. (Dudando.) Después de todo... sabiendo usted lo peor, no importa que sepa lo demás. No tengo el derecho de ocultárselo. El adoraba á su hija de usted, sin saber quien era.

TRICO. ¿Quién la adoraba?

POCHE. El amante de su esposa.

TRICO. ¡¡Cómo!!

POCHE. ¡Sí! Octavio Rosimond.

TRICO. (Dando un salto.) ¿El Secretario del Ministro?

POCHE. ¡El desventurado acaba de confesármelo!

TRICO. ¿A usted?

POCHE. Me lo ha dicho lleno de amargura.

TRICO. Pero entonces... ¡son dos!

POCHE. ¿Dos qué?

TRICO. Dos amantes... El Ministro y su Secretario.

EDUARDO PE

POCHE. ¡El Ministro también! ¡Qué inmoralidad!

TTICO. ¡Dios mio! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

TÁRS. (Por el torno con la ropa de Gobette.) ¡Estoy molida! ¡Deshecha!

TRICO. ¡Társila!

TÁRS. ¡Agustín!

POCHE. ¡La catástrofe!

TRICO. Vuelves al fin... ¡Desventurada! Y... ¡vestida de cortesana!

TÁRS. (Con viveza.) No, eso no; como no me devolvían la ropa, me refugié corriendo en la portería y allí estuve hasta que llegó un empleado del Guarda-muebles que llevaba estos trapos y se los entregó al Conserge, diciéndole: «Esto para la señora de Tricóinte».

TRICO. (Con sumo desprecio.) ¡Después de todo... qué importa la ropa!

TARS. (Cayendo á los pies de Tricointe.) ¡Agustín... perdóname!

TRICO. ¡Ya confiesa!

POCHE. (Aparte.) ¡Es culpable! Ese acento es de culpabilidad...

TÁRS. (Con ademán trágico.) Sí... confieso mi delito. He querido intrigar con el Ministro... ¡Si supieras lo que me ha obligado á hacer!

TRICO. (Furioso.) ¡Calla! ¡¡Detalles no!! ¡Te lo suplico!

TÁRS. ¡Me ha hecho limpiar todos los objetos de metal del Ministerio!

TRICO. (Aparte.) ¡Es un sátiro!

TÁRS. Y me dió á entender que si no me quitaba el vestido, tú no ascenderías nunca.

TRICO. (Con asco.) ¡Dijo eso!

POCHE. (Aparte.) ¡El Gobierno está podrido!

TÁRS. Yo al principio me negué, me resistí como una Juana de Arco... Después me dije... «Tanto como tu marido ha hecho por tí, bien puedes tú hacer por él cualquier cosa!

TRICO. (A Poche.) ¡Le llama *á eso* cualquier cosa!

POCHE. ¡Y no me falta la razón, créalo usted!

TÁRS. Luego ví que por allí andaba el Secretario...

TRICO. Sí; Octavio Rosimond.

TÁRS. ¿Se llama así?...

TPICO. ¡Ni siquiera sabe su nombre!

POCHE. (Aparte.) ¡Y luego dicen que las mujeres son curiosas!

TRICO. (Acusador.) Es decir, que saliste de los brazos de Cipriano Gaudet, para ir á caer en los de Octavio Rosimond.

TÁRS. (Asombrada.) ¿Yo?

TRICO. ¡Acaba de confesarlo!

TARS. ¿Quién?

TRICO. ¡El propio Rosimond!

TÁRS. Pero... ¡si no le conozco! ¡Si apenas le he visto!

TRICO. ¡Señora! El mismo lo ha contado todo.

TÁRS. ¡Agustín! Te juro que eso no es verdad. Me he quitado el vestido... pero no he pasado de ahí.

TRICO. ¡Es bastante! Vete á tu habitación: ¡llora y reza!... Esta misma tarde te irás con tu familia y allí esperarás mis órdenes.

TÁRS. Se me condena sín juzgarme.

TRICO. Voy á escribir al Ministro diciéndole que yo no acepto los ascensos á cambio de mi dignidad.

TÁRS. ¡Agustin, escúchame!

TRICO. ¡Digo que basta!... ¡Una mujer á quien saqué de la nada! ¡De una cocina económica!... (Se pasa la mano por la frente y suspira.) ¡Qué lecciones dá la vida, tan amargas! (Entra en la sala de lectura.)

ESCENA VIII

POCHE y TÁRSILA

TÁRS. (Para sí.) ¿Marcharme sin que resplandezca mi inocencia?... ¡Nunca!

POCHE. (Aparte.) ¡Qué pena!

TÁRS. Si preguntan por mí, diga usted que he vuelto al Ministerio.

POCHE. (Aparte.) ¡Al Ministerio! ¿Otra vez? ¡Pero esta mujer es insaciable! (Sale Társila por el torno.)

ESCENA IX

POCHE, GOBETTE por el torno con la ropa de TARSILA

GOBET. ¡Me acordaré siempre de la visita al Ministerio!

POCHE. ¡Esta es más bonita!

GOBET. Perdón, Guardia, ¿no hay un criado?...

POCHE. (Muy amable.) No, ahora no, pero si necesita usted algo, yo puedo servirle en cuanto quiera... poseo dos lenguas.

GOBET. (Extrañada.) ¿Eh?

POCHE. El francés y el inglés, Agente intérprete.

GOBET. Me basta con una. Quiero ver á Mr. Froman, un empresario americano...

POCHE. Sí, sí...

GOBET. Me esperaba á las once y media.

POCHE. Acaban de dar.

GOBET. Ya lo sé. Pero no tengo más remedio que ir á casa á cambiarme de ropa y quisiera saber si mister Froman me esperará hasta las doce Digale que está aquí la señorita Gobett de la Scala.

POCHE. Ya lo sé.

GOBET. ¿Me conoce usted?

POCHE. La he visto á usted Los Caprichos 109 veces.

GOBET. ¡Caramba! Le habrá costado á usted un dineral...

POCHE. No señora; es que estuve de servicio en el teatro tres meses.

GOBET. ¡Ah, vamos!

POCHE. Voy á dar un recado á Mister Froman... Le sirvo de intérprete con mucha frecuencia.

GOBET. Tengo que firmar con él un contrato...

POCHE. ¡Otra artista más que no se nos va al país de los dollares!

GOBET. (Aparte.) Habla bien... y tiene unos ojos muy alegres...

POCHE. En fin... voy á dar el recado.

GOBET. (Coqueta.) ¿Sabe usted que tiene unos ojos muy alegres?

POCHE. (Dándose importancia.) ¡Pchs! ¡Se hace lo que se puede!

GOBET. ¡Qué barbaridad! (¡Pero cómo se parece á Rodrigo!) Diga usted... ¿Cómo se llama usted?.. (Pausa.)

POCHE. Godofredo Poche.

GOBET. ¡Poche!... ¡Qué bonito! ¡Poche!.. Bueno, vaya usted á dar el recado.

POCHE. Enseguida. (Vase por la escalera.)

COBET. Si en vez de ser un simple guardia, fuese siquiera el Prefecto...

ESCENA X

GOBETTE. TRICOINTE, DOMINGO.

GOBET. Vamos, vamos Gobette, un poquito de formalidad... Ya has hecho demasiadas travesuras á nombre de la señora de Tricointe..

TRICO. (Entra por el salón de lectura con una carta en la mano.) ¡Se consumó el sacrificio!

GOBET. (Aparte.) ¡Hombre, está aquí Tricointe!

TRICO. He sido cinco minutos Director del Personal y un cuarto de hora Presidente de la Audiencia de París... ¡Así no podrá decir nadie que yo soy de los que se agarran á un cargo y no lo sueltan!

GOBET. (A la espalda de Tricointe tapándole los ojos con las manos.) ¿Quién soy yo?

TRICO. ¿Quién es?

GOBET. (Con voz fingida.) ¡Soy Justiniano!

TRICO. ¡Justiniano! (Viéndola.) ¡Gobette!

GOBET. ¿Qué tal... desde la última vez?

TRICO. ¡Tú!... ¡Tú aquí!

GOBET. Sí, ¿qué te choca?... ¡Ah!... ¡Tunante!

TRICO. (Muy grave.) Señorita: tengo que pedirle dos favores: el primero que no me llame tunante, y el segundo... que no me tutee.

GOBET. ¿No?... Y, ¿es eso todo lo que se te ocurre decirme?

DOMIN. (Entra segunda derecha.) ¿Ha llamado el señor?

TRICO. Sí; que lleven inmediatamente esta carta al Ministro de Justicia.

DOMIN. Muy bien. Se la daré á uno de los botones. (Sale segunda derecha.)

TRICO. (Va á marcharse.) Servidor de usted. (Saludando á Gobette.)

GOBET. (Deteniéndole.) ¿Servidor?... ¡Oye! ¡Oye! ¿Sabes lo que te digo? ¡Que eres un grosero! ¡Y que no tienes nada de amable... Después de lo que he hecho por tí esta mañana...

TRICO. ¿Por mí?

GOBET. ¿A que no sabes dónde he estado?... En el Ministerio... en el despacho del Ministro...

TRICO. ¡¡Tú!!

GOBET. He ido á rogarle que olvidase lo pasado.. para que no te guardase rencor.

TRICO. ¿Lo pasado?

GOBET. Sí: (Con melancolía.) la noche de amor pasada allá en tu casita de Gray.

TRICO. Yo no he pasado ninguna noche de amor.

GOBET. Tú no... pero él... ¡sí!

TRICO. ¿Quién?

GOBET. El Ministro.

TRICO. ¡El Ministro! De modo que él...

GOBET. ¡Qué quieres!... ¡Tú te fuiste á dormir!...

TRICO. Y él también.

GOBET. Sí, pero él tenía el sueño... menos pesado que tú...

TRICO. (Asqueado.) ¡En mi propia casa!

GOBET. ¡No somos nadie! No te lo digo para que te envanezcas, pero tienes una habitación muy bonita... ¡Y con unas vistas!...

TRICO. ¡Calla!

GOBET. Esta mañana, el Ministro quiso recordarlo... pero yo supe defenderme como una mujer honesta... En cambio su Secretario no me respetó...

TRICO. ¿Octavio Rosimond?

GOBET. El mismo.

TRICO. (Aparte.) ¡Y yo que he acusado á mi mujer!

GOBET. ¿Qué dices?

TRICO. Digo que soy un miserable que se ha permitido dudar de la honra de su mujer.

GOBET. ¡Cómo! ¿S ? (Ríe.) ¡Tiene gracia!

TRICO. ¡Y te ríes encima!

GOBET. Hombre, no me voy á echar á llorar... Además, gracias á mí te encuentras hoy de Presidente en París; no lo siento. Sin embargo, ¡fíjate bien! eres el primer hombre por quien he hecho algo en este mundo.

TRICO. Y, ¿crees que voy á aceptar este nombramiento? ¡Nunca!

GOBET. ¡Qué tonto eres!... Nombrarán á otro en tu lugar que será un cualquiera.

TRICO. ¡Que más dá!

GOBET. El honor será para él.

TRICO. (Pensativo.) ¡Y la toga roja! ¡Mi sueño de toda la vida!

GOBET. ¡No seas tonto!..

TRICO. ¡No, no! ¡Deberle mi ascenso á una mujer! ¡Nunca!... Yo soy un Magistrado severo... incorruptible...

GOBET. ¡Pero si yo no soy tu mujer!

TRICO. (Dudando.) ¡Es verdad!

GOBET. ¡No soy ni siquiera tu amante!

TRICO. (Dudando.) ¡También es verdad!...

GOBET. En fin, no soy nada tuyo.

TRICO. Nada; es cierto.

GOBET. ¿Entonces?

TRICO. Entonces...

GOBET. ¡Vamos, hombre! Acepta...

TRICO. (Da un grito.) ¡Dios mío! ¡Y yo que le acabo de enviar mi dimisión al Ministro!

GOBET. Pero la carta aún no habrá llegado á sus manos.

TRICO. ¡Dá lo mismo! Así podré en lo que me queda de vida mirar cara á cara el busto de Justiniano sin enrojecer de vergüenza...

GOBET. Mira... Manda á Justiniano á la bohardilla!..

TRICO. ¿A la bohardilla? ¡Nunca!... Un hombre tan austero, tan grande.. Prefiero enviarlo á una casa de préstamos. Voy á recoger la dimisión. (Sale por el torno.)

ESCENA XI

GOBETTE y TARSILA que entra por el torno.

TÁRS. Ni el Ministro, ni el Secretario han vuelto aún.

GOBET. (Aparte viéndola.) ¡Esta señora lleva mi sombrero y mi traj !...

TÁRS. (Aparte viéndola.) ¡Calla! ¿Estoy viendo visiones?... ¡Ese sombrero y ese vestido son míos!...

LAS DOS. (A la vez.) ¿Quiere usted hacer el favor de decirme, señora, en dónde ha encontrado usted?...

GOBET. Señora, si hablamos á la vez no nos entenderemos...

TÁRS. Es verdad. Yo iba á decir...

GOBET. Seguramente lo mismo que yo. Que ese sombrero y ese vestido no son de usted.

TÁRS. ¡Claro! Y esos.. tampoco son de usted...

GOBET. En efecto.

TÁRS. Como que son míos.

GOBET. Y esos míos... ¡Calla! ¿Es usted la encargada de hacer la limpieza en el despacho del señor Ministro de Justicia?

TÁRS. (Avergonzada.) ¡Hoy.. he sido yo!

GOBET. Y, ¿dónde se ha encontrado usted esas prendas?

TÁRS. Un ordenanza las ha llevado á la portería del Ministerio, diciendo que eran para la señora de Tricointe.

GOBET. ¡Claro! ¡Para mí!

TÁRS. (Asombrada.) ¿Es usted la señora de Tricointe?

GOBET. Sí, señora.

TARS. ¿Está usted acaso emparentada con el Presidente de la Audiencia de Gray?

GOBET. ¡Ya lo creo que estoy emparentada!... ¡Como que soy su mujer!

TARS. ¡¡Qué dice usted!!

GOBET. (Muy ufana.) ¡Vaya! ¡Yo soy la Presidenta!

TÁRS. Pero entonces, ¡es bigamo!

GOBET. ¿Quién?

TÁRS. Mi marido...

GOBET. ¡Cómo!...

TÁRS. Yo soy la señora de Tricointe.

GOBET. (Aparte.) No recuerdo haber metido nunca la pata con más tranquilidad.

ESCENA XII

Dichas y TRICOINTE

TRICO. (Entra por el torno.) Felizmente he podido recoger la carta antes de que llegara á su destino.

TÁRS. ¡El!

TRICO. ¡Juntas las dos!...

GOBET. (Aparte.) Y, ¿cómo voy á salir yo de este lío?

TÁRS. ¿No saludas á tu mujer?

TRICO. Ya te he visto antes...

TÁRS. No se trata de mí; se trata de esta señora.

TRICO. Esta señora... No tengo el honor de conocerla.

TÁRS. ¿De veras?

GOBET. Efectivamente; es la primera vez en mi vida que tengo el gusto de ver á este caballero.

POCHE. ¡El otro!

TÁRS. ¡La primera vez!... ¿Pues no dice usted que es la señora de Tricointe?

TRICO. (Aparte.) ¡Demonio, demonio!

GOBET. (Con desparpajo.) Lo he dicho... pero no es verdad.

TÁRS. Pues entonces, ¿quién es usted?

GOBET. ¿Que quién soy?

TRICO. (Aparte.) ¡Dios mío, qué irá á inventar ahora!

GOBET. Yo soy... ¡una infeliz! Una pobre muchacha que tenía que pedirle un favor muy grande al Ministro. Llegué esta mañana al Ministerio y me dijo el Ugier: «Es completamente imposible que vea usted al Ministro; no está más que para la señora de Tricointe.» ¿Qué habría usted hecho en mi lugar, para que la dejaran pasar?

TÁRS. Decirle que yo era la señora de Tricointe.

GOBET. Pues eso he hecho yo.

TÁRS. Pero, ¡es demasiado! ¿Se ha atrevido usted á tomar mi nombre?...

GOBET. ¡Bien caro lo he pagado!... ¡Si supiera usted todo lo que me ha ocurrido!

TÁRS. Ya, ya lo sé; conozco las exigencias y las aberraciones del señor Ministro. ¿La habrá obligado á que limpie las tenazas y la pala de la chimenea?

GOBET. ¡Si fuera eso sólo!... Luego el Secretario del Ministro se puso por medio...

TÁRS. (Aparte.) ¡Yo no he llegado á nada de eso!

TRICO. (Á Társila.) ¡Y yo que te he acusado! ¡Pobrecita mía!

GOBET. Conque ya lo sabe usted todo... Ahora... perdóneme usted...

TÁRS. (Grave.) Antes de perdonarla quiero que el Ministro sepa toda la verdad.

TRICO. ¡Társila!...

GOBET. Tiene razón. He comprometido su reputación... Voy á buscar al Ministro...

TÁRS. No se moleste usted. Vendrá aquí en seguida. Lo estoy esperando.

TRICO. ¿Tú estás esperando al Ministro?

TÁRS. Sí; he ido al Ministerio y como no estaba le he dejado dicho que venga aquí, que lo espera la señora de Tricointe.

GOBET. (Aparte.) Entonces viene... ya lo creo.

TRICO. ¿Tú has hecho eso?

TÁRS. Sí... Para deshacer tu acusación.

TRICO. Pero, ¿no comprendes que con todos esos líos vas á comprometer mi porvenir?

TÁRS. Me es igual. Yo necesito una reparación pública. Espero aquí al Ministro... La señora le explicará delante de mí, todo lo ocurrido. ¡No faltaba más! (Vase á su habitación. Tricointe cierra con llave la puerta.)

ESCENA XIII

TRICOINTE, GOBETTE y POCHE

TRICO. ¡Qué ha de ver al Ministro! Ahora la encierro y no sale de ahí en todo el día. (Sale por el fondo.)

GOBET. (Sola.) Después de todo he obtenido el ascenso de este infeliz.

POCHE. (Entra por la escalera.) Mister Froman la espera á usted hasta las dos.

GOBET. ¡Muy bien! Pues me voy á casa y volveré. ¡Muchas gracias, Godofredito! (Lo dicho... Que se parece muchísimo á Rodrigo... ¡Qué lástima que no sea más que agente...) (Sale por el torno.)

POCHE. Vaya usted con Dios... ¡Si yo fuera Prefecto!...

ESCENA XIV

GAUDET, POCHE y OCTAVIO

GAUDET. No he podido aguardar hasta el final del Consejo. Necesito ver en seguida á esta pobre... ¿No hay ningún criado aquí?...

POCHE. ¿El señor busca á Domingo?

GAUDET. (Preocupado.) ¡Calla... un agente!

POCHE P. che, agente intérprete. á sus órdenes.

GAUDET. ¿Forma usted parte del personal de la casa?

POCHE. Temporalmente. Estoy de servicio en el Boulevard, pero me llaman aquí... y... como esto está más confortable que la calle... ¿Desea el señor alguna cosa?

GAUDET. ¿Puede usted decirme si se encuentra en el Hotel la señora de Tricointe?

POCHE. Acaba de salir en este momento. No sé como no se ha encontrado usted con ella; pero volverá en seguida.

GAUDET. Menos mal.

POCHE. (Se acerca misteriosamente.) El marido lo sabe todo.

GAUDET. (Aparte.) ¿Qué?

POCHE. Ahora mismo acaba de escribirle al Ministro, diciéndole que él no acepta ascensos á ese precio y enviándole la dimisión.

GAUDET. (Aparte.) ¡Qué idiota!

POCHE. ¡Oh!... Es una mujer como pocas. Tiene dos amantes.

GAUDET. ¿Dos?

POCHE. El Ministro de Justicia y su Secretario.

GAUDET. ¿Octavío Rosimond?

POCHE. El mismo me lo acaba de decir.

GAUDET. ¡Ah! ¿El mismo?

POCHE. Sí, pero todo esto (Mirando á todos lados.) que no salga de entre nosotros. Estas cosas son serias...

GAUDET. Esté usted tranquilo.

POCHE. Todo eso ha ocurrido hace poco... en el mismo Ministerio. (Se ríe.) ¡Ante las propias narices del Ministro! ¡Debe estar en babia este señor!

GAUDET. (Aparte.) ¡Imbécil!

POCHE. Después de todo... que haya un hombre engañado más ¡qué importa al mundo!

GAUDET. ¡Evidentemente!

OCTAV. (Entra por el torno.) No ha ido.

GAUDET. ¡El!

OCTAV. Señor Ministro...

POCHE. (Estupefacto.) ¡¡El Ministro!!

GAUDET. (Muy amable á Poche.) Cipriano Gaudet, Ministro de Justicia.

POCHE. (Cuadrándose militarmente. Aparte.) ¡Mañana hay una vacante de Agente de intérprete! ¡Cuánto se va á alegrar Calamoche, que quiere entrar en el cuerpo!...

GAUDET. Tengo que darle un millón de gracias por las noticias confidenciales que acaba usted de comunicarme...

POCHE. ¡Señor Ministro, yo!...

GAUDET. (A Octavio.) Me acaba de contar unas cosas tan iuesperadas como curiosas.

GOBET. ¿Sobre qué?

GAUDET. Ahora hablaremos usted y yo. (A Poche.) ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

POCHE. (Aparte.) Estaba por darle un nombre supuesto... (A Gaudet.) Poche.

GAUDET. Apunte usted su nombre.

POCHE, ¡No lo dije! Vacante tenemos.

GAUDET. Le diré al Prefecto que le dé á usted una gratificación.

POCHE. ¡Gratificación!... ¿Ha dicho usted gratificación?

GAUDET. Los Ministros nos enteramos tan pocas veces de la verdad, franca, completa, que cuando se nos dice, es muy justo que los contribuyentes paguen los gastos.

POCHE. Me parece muy bien, señor Ministro... Yo nuuca sabré cómo agradecer... yo quisiera decir al señor Ministro...

GAUDET. (Interrumpido.) Por hoy ya me ha dicho usted bastante... Vaya usted á sus ocupaciones. ¿No tiene usted nada que hacer por ahí?

POCHE. Tengo que llevarle *La Ilustración* á Mister Froman, y, además, explicarle los grabados, porque como él no entiende más que el inglés... (Se va por la escalera.)

GAUDET. Pues vaya usted... ¡Ah! Y... de cuando en cuando déjese usted caer por el Boulevard... á las horas de sol por lo menos. ¡Como está usted de servicio en él!...

POCHE. En cuanto acabe aquí en el Hotel.

GAUDET. Eso es... Y muchas gracias, ¿eh?

POCHE. (Saludando.) ¡Señor Ministro! (Saliendo.) Nunca hubiera creído que por decir una cosa así le hicieran á uno un regalo.

ESCENA XV

GAUDET y OCTAVIO

GAUDET. Amigo Rosimond. ¿Usted es amigo mío, verdad?

OCTAV. ¡Qué pregunta! ¿No es usted mi protector?

GAUDET. Me agrada mucho oirle hablar así.

OCTAV. A usted se lo debo todo. Usted me ha hecho lo que soy.

GAUDET. Y usted hombre agradecido, ha querido pagarme en la misma moneda.

OCTAV. ¿Yo?

GAUDET. ¡Claro! Yo le he hecho á usted lo que es, usted me ha hecho lo que soy... desde hace una hora.

OCTAV. ¿Y que es usted?

GAUDET. Un hombre al que engaña una mujer.

OCTAV. ¡Señor Ministro!

GAUDET. Ya sé á lo que llama usted estudiar un expediente y tener los papeles sobre la mesa. ¡Era la señora de Tricointe, la que estaba encerrada en su despacho!

OCTAV. (Rápido.) Sí; pero estaba sola. Ya lo vió usted.

GAUDET. Naturalmente... Al salir usted se quedó sola.

OCTAV. Señor Ministro; le ruego que no me atormente; no me saque los colores á la cara...

GAUDET. ¿Qué quiere usted, una gratificación? Le subiré el sueldo...

OCTAV. ¡Perdóneme!... ¡Ha sido un momento de locura!... ¡He perdido la cabeza!... Pero, ¡harto me pesa, créame usted! Si usted supiera las consecuencias que ha tenido para mí...

GAUDET. ¡Y para mí! (Se pasa la mano por la frente.) Ahora comprendo el interés que tenía usted porque el marido viniese trasladado á Paris.

ESCENA XVI

DICHOS Y BIENVENIDO

BIENV. (Entra por el torno muy agitado y sudando.) ¡Ah, señor Ministro! Por fin...

GAUDET. Hace una hora que estoy buscándole... (Habla agitado.) He ido al Elíseo... Ya había usted salido...

GAUDET. Y, ¿qué quiere usted?

BIENV. Que firme usted la combinación de magistrados que ha de salir mañana en el *Diario Oficial*. (Le da un papel.)

GAUDET. ¡Ah, sí! El decreto...

BIENV. Aparte.) Ya he perdido seis trenes.

GAUDET. Bueno, pero esto hay que rehacerlo.

BIENV. (Suplicando.) No, señor Ministro.

GAUDET. ¿Cómo que no?... El señor Trjcointe ya no viene á París; prefiere quedarse en Gray.

BIENV. Señor Mínisrro, yo...

GAUDET. Pero, ¡cómo! ¿Es que tengo yo que darle á usted cuenta de mis acuerdos?

BIENV. No, señor Ministro.

GAUDET. (Señala al salón de lectura.) Entre allí...

BIENV. Está muy bien, señor Ministro.

GAUDET. Pronto, ¿eh?

BINEV. (Entrando en el salón de lectura.) Me parece que voy á acabar por echarlo todo á rodar.

ESCENA XVII

GAUDET, OCTAVIO y TRICOINTE

OCTAV. ¿Tricointe prefiere quedarse en Gray?

GAUDET. Sí; se ha enterado de todo.

OCTAV. ¡Canastos!

GAUDET. El apuro es igual para los dos. Mañana *La Soflama* contará la aventura á los cuatro vientos. A eso conducen las historias de mujeres.

OCTAV. ¡No puede ser! Yo buscaré una solución al conflicto!

TRICO. (Entra por el fondo.) Ahora que venga el Ministro cuando quiera...

LOS DOS. (A la vez.) ¡¡El marido!!

TRICO. (Aparte.) ¡Hombre! Ahí están los dos.

OCTAV. (Muy digno.) Señor Tricointe, tengo el deber de confesarle que en todo esto no ha habido más que un culpable; yo.

GAUDET. (Aparte.) Tendré que darle una encomienda de la Legión de Honor...

TRICO. (Sonriente.) ¿Qué dice usted?

OCTAV. Digo que yo, ¡yo solo! tengo la culpa de todo.

TRICO. Pero, ¿á qué se refiere usted?

LOS DOS. (A la vez.) ¿A qué?

TRICO. Sí...

GAUDET. (Aparte.) ¡Este hombre no sabe nada!

OCTAV. Pero...

TRICO. (A Gaudet.) ¿Es que ha hecho alguna trayesura?

GAUDET. (Con viveza.) Sí, sí, ¡y gorda!, señor Presidente, el señor Rosimond ofrece á usted sus excusas por haber llevado tarde á la firma el decreto en que se le nombra á usted Presidente de la Audiencia de París.

OCTAV. Eso es... usted... sabrá perdonarme, ¿verdad?

TRICO. ¡Hombre por Dios! No vale la pena...

ESCENA XVIII

DICHOS y BIENVENIDO

BIENV. (Entra por el salón de lectura.) Ya está arreglado; el señor Tricointe se queda en Gray...

TRICO. ¡Cómo! ¿Qué yo me quedo en Gray?...

GAUDET. ¡Pero, hombre! ¡Usted no sabe lo que se dice!...

BIENV. ¡El señor Ministro acaba de decirme que el señor Tricointe prefería!...

TRICO. ¿Yo?... ¡No, hombre, qué he de preferir!

GAUDET. ¿Lo oye usted?... ¿Pero está usted durmiendo?

BIENV. Apelo al testimonio?... Usted no sabe lo que se dice.

BIENV. (Aparte.) ¡Esto ya es demasiado!

GAUDET. Vea usted, señor Presidente, vea usted los auxiliares que tenemos los Ministros para labrar la felicidad del pais. ¡Y eso que se trata casi de un alto empleado; un jefe de negociado! ¡Todo lo entiende al revés!...

BIENV. Señor Ministro...

GAUDET. ¡Ande usted, hombre, ande usted! Corrija usted eso...

BIENV. ¿Otra vez?

GAUDET (Severo.) Vamos.

OCTAV. Vamos.

TRICO. Vamos.

BIENV. (Aparte.) Yo creo que me están gastando una broma.

GAUDET. ¿Qué dice usted?

BIENV. Nada, señor Ministro, nada. (Saliendo por el salón de lectura.) Decididamente á la boda ya no llego. (Mirando al reloj.) Llegaré al divorcio, si acaso.

ESCENA XIX

GAUDET, OCTAVIO, TRICOINTE y GOBETTE

GAUDET. Dispénselo usted; es completamente idiota.
OCTAV. Completamente.
GAUDET. No nos ocupemos más de él. No vale la pena.. ¿Es cierto que su esposa de usted está en París?
TRICO. (Rápido.) Ya se ha marchado... No ha hecho más que atravesar la capital... sí...
GAUDET. ¡Ah!
TRICO. En este momento está en el tren...
GOBET. (Entra por el torno. Habrá cambiado de ropa.) Así ya estoy más presentable.
GAUDET. Pera... ¡si está aqui!
GOBET. (Aparte.) ¡El!..
TRICO. (Aparte.) ¡Me mató!
GOBET. Señor Ministro... señor Rosimond... ¡qué sorpresa!
GAUDET. ¿No se ha marchado usted?
GOBET. ¿Yo?
TRICO. Sí, mujer, sí... ¿No ibas á casa de tu tío?...
GOBET. ¡Ah, sí!,.. Pero he perdido el tren,
GAUDET. Me felicito de ese contratiempo, pues así tengo el gusto de verla y ofrecerla mis respetos.
GOBET. ¡Oh, señor Ministro!

ESCENA XX

DICHOS, TÁRSILA dentro y JULIETA

TÁRS. (Dentro.) ¿Qué es esto?... ¡Han cerrado por fuera!
TRICO. (Aparte.) ¡Társila!
GOBET. ¡Dios mío!
TÁRS. (Dentro,) ¡Abridme! (Mueve la puerta con violencia.)
GAUDET. ¿Qué es eso?

GOBET. Yo no sé.

TRICO. Ni yo.

TÁRS. (Dentro.) ¡Agustín! ¡Agustín!

OCTAV. Llaman á uno.

TRICO. Sí, á uno... que debe llamarse Agustín. Sí...

GOBET. ¡Bah! Alguna viajera... ¿Decía usted, señor Ministro?...

GAUDET. Que estaba encantado de verla á usted otra vez. (Suena un timbre con violencia.)

GOBET. (Y sigue llamando.)

TRICO. (Aparte.) ¡Ahora apela á la electricidad!

GAUDET. ¿Será posible que no oiga llamar?

JULIE. (Entra por el fondo.) Pero, ¿dónde se mete este Domingo?

OCTAV. ¿Quién llama con tanta insistencia?

JULIE. El núm. 5. La señora de Tricointe.

GAUDET. / OCTAV. (A la vez.) ¿La señora de Tricointe?

GOBET. (Aparte.) ¡Madre mía!

TRICO. (Aparte.) ¡Me es igual!

JULIE. Voy á enviarle el camarero. (Sale segunda derecha.)

GAUDET. ¿Cómo dice la señora de Tricointe?

GOBET. Es mi suegra.

TRICO. Sí... es mamá. ¡La pobre! (Aparte.) ¡Dónde estarán sus huesos! Murió el 70, cuando el sitio...

GAUDET. ¡Ah! ¿Su señora madre se encuentra también en París?

GOBET. Sí, ha querido acompañarnos. (Á Tricointe.) ¿Por qué no vas á ver lo que quiere la pobre?

TRICO. (Aparte.) ¡Un tiro! (Alto.) Es una idea... Con permiso de usted, señor Ministro, voy á ver á mamá. ¡Como hace cuarenta años que no la veo!... Digo cuarenta minutos. (Aparte.) Debe estar desconocida...

GAUDET. Sí, sí; vaya usted, se lo ruego.

TRICO. (Coge el jarro de metal que habrá junto al número 5. Aparte.) Lo que es esto tarda en limpiarlo lo menos media hora. (Entra en el núm. 5.)

GAUDET. De manera que aún vive la madre de su esposo...

GOBET. ¡Ya lo creo!... ¡Y si viera usted lo bien que se conserva para la edad que tiene!

ESCENA XXI

GAUDET, GOBETTE, OCTAVIO y POCHE

POCHE. (Entra por la escalera.) ¡Calla! ¿Ya ha vuelto usted, señorita Gobette?

GOBET. ¿Qué?

GAU. y OCT. (Á la vez.) ¡Gobette!

POCHE. Son cerca de las dos. Mister Froman la debe estar esperando.

GOBET. (Aparte.) ¡Así, las cosas completas!

GAUDET. Pero la señora, ¿no es la esposa del señor Tricointe?

POCHE. No, señor Ministro; es la célebre Gobette del Teatro de la Scala.

GOBET. Sí... es verdad.

GAUDET. ¿No eres... no es usted la Presidenta?

GOBET. ¡No!... Hombre, no... ¡Tonto! Ya estoy harta...

OCTAV. (Aparte.) Que no es... Entonces... Dionisia...

GAUDET. ¿Eres tú la célebre Gobette?

GOBET. La creadora de *Los Caprichos de la Marquesa.*

POCHE. ¿No se lo decía yo?.. Mis noticias son siempre auténticas.

GAUDET. No hablo con usted ahora. Váyase á dar una vuelta por el boulevard.

POCHE. Voy, voy, pero... lo hago únicamente ¡bien lo sabe Dios! por darle á usted gusto, señor Ministro. (Sale por el torno.)

ESCENA XXII

GAUDET, GOBETTE, OCTAVIO y BIENVENIDO

GAUDET. Entonces, ¿la que llamaba era la señora de Tricointe?

GOBET. Sí. La Presidenta. La legítima.

OCTAV. (Aparte.) Este Bienvenido que no acaba... (Entra en el salón de lectura.)

GAUDET. Y tú... Te has hecho pasar por ella...

GOBET. No ha sido culpa mía... Yo estaba en casa de Tricointe cuando tú llegaste á Gray... Me tomaste por la Presidenta... después no nos atrevimos á sacarte de tu error.

GAUDET. ¡Bien os habéis reído de mí! Allí en Gray primero; luego en el Ministerio; después aquí... ¡La tomadura de pelo ha sido completa!

GOBET. ¡Señor Ministro!...

GAUDET. ¡Qué farsa! Yo que creía haber realizado el sueño de todo Ministro republicano; ser amado por una mujer de mundo... En fin... ¡Mi enhorabuena! Veo que eres una mujer fuerte... En cuanto á... la figura más grande de la magistratura francesa... ¡ah! Yo lo enseñaré...

BIENV. (Entra por el salón de lectura.) Señor Ministro, ya he acabado; al señor Tricointe se le nombra Presidente en París...

GAUDET. (Furioso.) ¡Qué! ¡¡En París!! Pero, ¿es que se ha propuesto usted burlarse de mí?

BIENV. ¡Yo!...

GAUDET. ¡Al señor Tricointe se le destituye!... Extienda usted el Decreto.

BIENV. (Decidido.) ¿Yo?... ¡No señor!

GAUDET. ¡Cómo!

BIENV. No, no; yo no me aguanto más.

GAUDET. (Severo.) ¡Señor Bienvenido!

BIENV. ¡Ocho veces he rehecho el decreto en el día de hoy! ¡Me ha hecho usted perder ocho trenes! ¡Mi mujer va á tener nietos en Poissy!

GAUDET. ¿Se olvida usted con quién habla?...

BIENV. No, señor Ministro. Yo no soy una veleta, soy un hombre libre, tengo mi dignidad de hombre y en este momento le entrego mi dimisión. (Arroja el Decreto en la mesa.) ¡Ahí está el Decreto! Redáctelo usted á su gusto...

OCTAV. (Que había entrado con Bienvenido.) ¡Por Dios, Bienvenido!

BIENV. ¡Comáselo usted! ¡Haga con él lo que quiera!... ¡Yo soy un hombre libre y me marcho! (Sale por el torno.)

OCTAV. ¡Se ha vuelto loco! (Sale tras él.)

ESCENA XXII

GOBETTE, GAUDET

GAUDET. Está bien; yo redactaré el decreto...

GOBET. No.

GAUDET. ¿Cómo que no?... ¿Quién se lo va á impedir?

GOBET. Yo.

GAUDET. ¿Tú?

GOBET. Sí, yo.

GAUDET. Pero, ¿cómo te atreves .. á hablarme después de haberme puesto en ridículo de un modo tan espantoso?

GOBET. ¡No tan espantoso! Después de todo...

GAUDET. ¿Mo?... ¡Usted dirá!

GOBET. (Coqueta.) ¡Ingrato!... Acuérdate; cuando se apagaron las velas y tú me cogiste la mano... ¿no te agrada acordarte de aquello? (Con sinceridad.)

GAUDET. ¡De aquello sí!... Bueno; le dejaremos en Gray.

GOBET. A la mañana siguiente al separarnos, me dijiste...

GAUDET. (Interrumpiendo.) «Te debo las horas más felices de mi vida.»

GOBET. ¿Mentías?

GAUDET. ¡No, no! Pero, ¿por qué me recuerdas eso?

GOBET. Porque yo no lo olvidaré nunca. ¡Es un hermoso recuerdo que le debemos á ese infeliz Tricointe!

GAUDET. ¡Le traeré á Versalles. Se acabó...

GOBET. Cuando nos separamos estabas muy triste... tus ojos se nublaron y una lágrima asomó en el izquierdo...

GAUDET. Sí... ¡Que venga á París! París, bien vale una lágrima, ¿no es eso? vaya, me limitare á firmar la última creación de ese idiota de Bienvenido.

GOBET. (Dándole la pluma.) ¡Eres el mejor de los Ministros y el más bueno de los hombres!

GAUDET. ¡Vanidad de vanidades! Cuando muera verás como ni siquiera me llevan al panteón de hombres ilustres.

ESCENA ÚLTIMA

GOBETTE, GAUDET, OCTAVIO, TRICOINTE, DIONISIA, TÁRSILA

TRICO. (Entra por el número 5.) Señor Ministro, mamá dice que la dispense usted si no viene á saludarle pero es que tiene unas jaquecas...

GAUDET. ¿De veras? ¿Tiene jaquecas?

TRICO. No, no creo que sea nada, pero las viejas ya sabe usted,..

GAUDET. Ya, ya, señor Gobette.

TRICO. ¿Señor Gobette?

GOBET. Sí, hombre; acaba de enterarse de todo.

GAUDET. ¡De todo!

OCTAV. (Entra por el torno.) ¡Cualquiera lo coge! Va corriendo hacia la estación.

TRICO. Señor Ministro... soy el culpable de todo... Merezco toda clase de castigo... pero... ¡por Dios. No le diga usted á mi mujer dónde he conocido á Gobette. (Entra Dionisia por el número 5)

OCTAV. (Al verla.) ¡Oh, Dionisia!... (Va á ella.)

GAUDET. (Burlón.) ¡Si quisiera vengarme!...

TRICO. ¡Se lo suplico!...

DIONI. ¡Oh, papá!

OCTAV. (Apuntándole.) Concede mi mano á este joven.

DIONI. Concede mi mano á este joven.

TRICO. ¡Hombre! Gracias á Dios que al cabo entiendo el inglés... Yes, yes.

GOBET. (Aparte.) ¡Era ella!

TÁRS. (Entra por el aúmero 5 con el vaso ya limpio.) ¿Pero es que no vá á venir el Ministro?

TRICO. ¡Társila!

GAUDET. (Aparte.) ¡La mujer que me ha limpiado los chismes del despacho...

TÁRS. Señor Ministro; la señora no es ni ha sido nunca la señora de Tricointe. Ha usurpado mi nombre.

GAUDET. Lo sé, señora, lo sé. Tengo el deber de proclamar muy alto la inocencia de usted y... de pedirle mil perdones.

TÁRS. ¡Perdonado! (Orgullosa.)

GAUDET. Y usted, Tricointe, vuélvase á Grey, y una vez alli... tiene usted dos días de plazo para hacèr las maletas y marcharse.

TRICO. ¡Cómo! ¿Se me destituye?

GOBET. (Dándole el decreto.) No; se marcha usted de Gray, para venir á París. Le espera la Presidencja de la Audiencia.

TRICO. ¡La toga roja! ¡Ya la tengo!

TÁRS. ¡Ingrato!... ¿Y á quién se la debes?... (Se abrazan los dos.)

TELÓN

Los ejemplares de esta edición, no pueden ser puestos á la venta, y solo se facilitarán á las Empresas autorizadas para montar la obra.